

MACHEN

La pirámide de fuego



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Muy anterior a la literatura realista, la literatura fantástica es de la ejecución más ardua, ya que el lector no debe olvidar que las fábulas narradas son falsas, pero no su veracidad simbólica y esencial. Resignémonos a admitir que la literatura es un juego, ejecutado mediante la combinación de palabras, que son piezas convencionales, pero no olvidemos que en el caso de sus maestros —Machen es uno de ellos— esa suerte de álgebra o de ajedrez debe corresponder a una emoción.

... Arthur Machen puede, alguna vez, proponernos fábulas increíbles, pero sentimos que las ha inspirado una emoción genuina. Casi nunca escribió para el asombro ajeno; lo hizo porque se sabía habitante de un mundo extraño.

Jorge Luis Borges

L≡**LIBROS**

Arthur Machen

La pirámide de fuego
La Biblioteca de Babel - 13

Prólogo

En la dilatada y casi infinita literatura de Inglaterra, Arthur Machen es un poeta menor.

Me apresuro a indicar que estas dos palabras no quieren disminuirlo. Lo he llamado poeta, porque su obra, escrita en una prosa muy trabajada, tiene esa intensidad y esa soledad que son propias de la poesía. Lo he llamado menor, porque entiendo que la poesía menor es una de las especies del género, no un género subalterno. El ámbito que abarca es menos vasto, pero la entonación es siempre más íntima. Hablar de poesía menor es como hablar de poesía dramática o de poesía épica. De Paul Verlaine cabría declarar que es el primer poeta de Francia y que asimismo es un poeta menor, ya que no nos ofrece la variedad de Ronsard o de Hugo.

Por lo demás, las posibles definiciones de Machen son harto menos importantes que ciertas singularidades que creo percibir en su obra. Una es la existencia del Mal, no como una mera ausencia del Bien, a la manera de tantas teodiceas, sino como un ser o como una coalición de seres que lucha incesantemente contra éste y que puede triunfar. En las narraciones de Machen, esta victoria demoniaca no se limita a la depravación del hombre subyugado: alcanza también las formas de la corrupción y la peste. Este horror físico contrasta con el rigor y la severidad de la prosa, nunca efusiva como en Poe o en Lovecraft, su discípulo. Otra es que Machen, como Kipling —que nunca le agradó—, sintió la gravitación de los muchos pueblos que habían habitado Inglaterra. Machen era galés y nació en Caerleon-on-Usk, aquella ciudad donde la nostalgia de los britanos perseguidos por los sajones, situó los prodigios que enloquecieron a Alonso Quijano y lo transformaron en Don Quijote: Merh'n, hijo del diablo, el rey Arturo, vencedor de once batallas y trasladado herido mortalmente a una isla mágica donde retornará a salvar a su pueblo. Lanzarote y Ginebra, el Santo Grial, que recogió la sangre de Cristo. No dejó nunca de insistir en ser celta, es decir, anterior a los romanos, anterior a los sajones, anterior a los anglos, que dieron su nombre a la tierra, anterior a los daneses, anterior a los normandos, anterior a las gentes misceláneas que poblarían la isla. Bajo ese palimpsesto secular de razas vencedoras, Machen pudo sentirse oscuramente victorioso y antiguo, arraigado a su suelo y alimentado de primitivas ciencias mágicas. Paradójicamente agregó a ese concepto histórico el de otro linaje aún más subalterno y oculto: el de seres nocturnos y furtivos que encarnan el pecado y lo difunden. Insistió asimismo en ser celta para sentirse solo y, como sus lejanos mayores, predestinado al fracaso. Se complacía en repetir el verso que Taliesin dedicó a sus antepasados: «Entraron siempre en la batalla y siempre cayeron».

Según se sabe, los maniqueos de los primeros siglos de nuestra era concibieron el universo como el eterno conflicto del reino del Bien, cuyo elemento natural es la

luz, y del reino del Mal, cuyo elemento natural es la tiniebla. Análogamente, los thugs del Indostán reducían la historia universal a la constante batalla de la Aniquilación y de la Creación y se declaraban prosélitos de la primera, personificada en la diosa Kali, asimismo llamada la Madre Negra, cuyos otros nombres eran Durga y Parvati. Los thugs escoltaban a los viajeros para guardarlos de los thugs y, una vez alcanzada la soledad, los estrangulaban, después de ritos preliminares, con cordones de seda. El mal tiene sus mártires; en el siglo XIX las autoridades británicas ahorcaron a un thug que debía más de novecientas muertes y que enfrentó serenamente la ejecución. Las narraciones de Arthur Machen prolongan, por consiguiente, la más antigua, acaso, de las explicaciones del Mal, la que preocupó, sin duda, al desconocido autor del Libro de Job.

Es curioso que Philip van Doren Stern en su excelente estudio sobre Machen haya omitido el nombre de Robert Louis Stevenson, que, según el propio Machen, fue quien primero influyó en él y le inspiró sus *The Three Impostors*. Muy anterior a la literatura realista, la literatura fantástica es de ejecución más ardua, ya que el lector no debe olvidar que las fábulas narradas son falsas, pero no su veracidad simbólica y esencial. Resignémonos a admitir que la literatura es un juego, ejecutado mediante la combinación de palabras, que son piezas convencionales, pero no olvidemos que en el caso de sus maestros —Machen es uno de ellos— esa suerte de álgebra o de ajedrez debe corresponder a una emoción. Hay escritores (Poe simulaba ser uno de ellos, pero felizmente no lo fue) que aseguran que el efecto de un texto es la meta esencial de lo que se escribe; Arthur Machen puede, alguna vez, proponernos fábulas increíbles, pero sentimos que las ha inspirado una emoción genuina. Casi nunca escribió para el asombro ajeno; lo hizo porque se sabía habitante de un mundo extraño.

Los tres impostores que dan su nombre a su obra más famosa mienten; y sabemos que mienten; ello no impide que sus mentiras nos perturben. La vida de Arthur Machen (1863-1947) fue lo que podríamos llamar lateral, no halló nunca la gloria y no creemos que la buscara. Hombre de varia erudición, pasó buena parte de sus días en el Museo Británico, donde buscaba libros oscuros, para que el ejercicio de ese vicio impune, la lectura —la frase es de Valery Larbaud—, fuera aún más solitario. Tradujo al inglés la vasta obra de Rabelais no a la manera exuberante de Urquhart, sino para probar la teoría de que ese libro abrumador encierra un secreto y sabio equilibrio. En aquel volumen de su autobiografía que se titula *The London Adventure*, recrea de memoria el admirable cuento *El dibujo de la alfombra*, de Henry James; el breve resumen de Machen, aligerado de inútiles rasgos melodramáticos, es harto más conmovedor que el laborioso original.

De las narraciones elegidas, las dos primeras pertenecen a la obra más famosa de Machen, *Los tres impostores*. La historia de su título es curiosa. A fines de la Edad Media se habló de un libro peligroso, *De tribus impostoribus*, cuya tesis sería que

la humanidad ha sido seducida por tres embaucadores famosos: Moisés, Cristo y Mahoma. La lectura de este volumen, que nadie llegó a ver, fue severamente condenada por varios concilios y ejerció una influencia considerable sobre la libertad de pensamiento. Machen aprovechó este título para su volumen fantástico. El tema general es la corrupción espiritual y física de tres víctimas inmoladas a los poderes demoníacos. El lector no logrará olvidar fácilmente estas bien tramadas pesadillas que, con un mínimo de imaginación y de mala suerte, podrán poblar sus noches.

Jorge Luis Borges

*La novela del Sello Negro
relatada por la joven dama
en Leicester Square*

Prólogo

—Veo que es usted un resuelto racionalista —dijo la dama—. ¿No le he contado que tuve experiencias todavía más terribles? Yo también fui escéptica una vez, pero después de lo que me he enterado no puedo seguir fingiendo que dudo.

—Madam —replicó el señor Phillipps—, nadie me hará renegar de mi fe. Nunca creeré, ni fingiré creer, que dos y dos son cinco, ni admitiré bajo ningún pretexto la existencia de triángulos de dos lados.

—Es usted un poco apresurado —contestó la dama—. Pero, ¿puedo preguntarle si ha oído alguna vez el nombre del profesor Gregg, experto en etnología y materias afines?

—Mucho más que oír simplemente su nombre —dijo Phillipps—. Siempre lo he considerado como uno de los más agudos y perspicaces investigadores; y su última publicación «Tratado de Etnología» me impresionó por ser completamente admirable en su género. En verdad, el libro acababa de llegar a mis manos cuando me enteré del terrible accidente que truncó la carrera de Gregg. Según creo, durante el verano había alquilado una casa de campo al oeste de Inglaterra, y se supone que cayó a un río. Si mal no recuerdo, su cadáver nunca se recuperó.

—Señor, no me cabe la menor duda que es usted discreto. Su conversación parece revelarlo con creces, y el mismo título de la obra que mencionó me asegura que no es usted un huero frívolo. En una palabra, presiento que puedo confiar en usted. Parece tener usted la impresión de que el profesor Gregg ha muerto; y yo no tengo ninguna razón para creer que ése es el caso.

—¿Qué? —gritó Phillipps, sorprendido y desasosegado—. ¿Insinúa usted que ha habido algo ignominioso? No puedo creerlo. Gregg era un hombre de carácter transparente, de gran generosidad en su vida privada, y, aunque no me hago demasiadas ilusiones, creo que ha sido un sincero y devoto cristiano. ¿No pretenderá usted insinuar que alguna deshonrosa historia le ha obligado a huir del país?

—De nuevo se precipita usted —replicó la dama—. No he dicho nada de eso. En resumen, le referiré que el profesor Gregg abandonó esta casa una mañana en perfecto estado de salud, tanto mental como física. Jamás regresó, pero tres días después, en una desierta y escabrosa ladera a varias millas del río, se encontraron su reloj y su cadena, una bolsa conteniendo tres soberanos de oro, algunas monedas de plata y un anillo que habitualmente llevaba consigo.

Aparecieron junto a una piedra caliza de forma fantástica, envueltos en una especie de tosco pergamino sujeto con cuerda de tripa. Cuando abrieron el paquete descubrieron en el reverso del pergamino una inscripción trazada con cierta sustancia roja; los caracteres eran indescifrables, pero parecían una adulteración de la escritura cuneiforme.

—Me interesa usted sobremedida —dijo Phillipps—. ¿Le importaría proseguir con su historia? Las circunstancias que ha mencionado me parecen a todas luces inexplicables y ansío una aclaración.

La joven dama pareció meditar por un momento, y luego procedió a contar la

Novela del Sello Negro

Ahora debo darle más amplios detalles sobre mi historia.

Soy hija de un ingeniero civil llamado Steven Lally, tan desgraciado que murió de repente en los comienzos de su carrera, antes de que hubiera acumulado suficientes medios para mantener a su esposa y a sus dos hijos.

Mi madre se las ingenió para mantener nuestra pequeña familia con recursos que deben haber sido increíblemente pequeños. Vivíamos en una remota aldea campesina, donde casi todo lo indispensable para la vida es más barato que en la ciudad, pero aun así fuimos educados según la más rigurosa economía. Mi padre era un hombre inteligente e instruido, y nos legó una pequeña pero selecta biblioteca, conteniendo los mejores clásicos griegos, latinos e ingleses; esos libros fueron el único entretenimiento de que disponíamos. Recuerdo que mi hermano aprendió latín en las *Meditationes* de Descartes, y yo, en lugar de los cuentos que los niños suelen leer, no tuve nada más precioso que una traducción de los *Gesta Romanorum*. Así crecimos como dos niños callados y estudiosos, y con el paso del tiempo mi hermano se estableció en la forma que le he mencionado. Yo continué viviendo en casa; mi pobre madre había quedado inválida y necesitaba mis continuos cuidados; hace unos dos años murió, tras varios meses de dolorosa enfermedad. Mi situación era terrible; los raídos muebles apenas bastaron para pagar las deudas que me había visto obligada a contraer y los libros que le envié a mi hermano, sabiendo cuánto los apreciaría. Estaba completamente sola. Me daba cuenta de lo poco que ganaba mi hermano; y, aunque vino a Londres con la esperanza de encontrar empleo, confiando en que él sufragaría mis gastos, juré que sólo esperaré un mes, y que si en ese tiempo no podía hallar algún trabajo me moriré de hambre antes de privarle de las miserables libras que había guardado para un momento de apuro. Alquilé una pequeña habitación en un suburbio distante, el más barato que pude encontrar. Subsistía a base de pan y té, y pasaba el tiempo contestando en vano a los anuncios y visitando más vanamente aún las direcciones que había anotado. Transcurrieron varios días y

semanas enteras sin que tuviera éxito, hasta que llegó a su término el plazo establecido y vi ante mí la horrible perspectiva de una muerte lenta por inanición. Mi casera era bondadosa a su manera; conocía la precariedad de mis recursos y estoy segura de que no me habría echado a la calle. Mi única alternativa era marcharme y tratar de morir en algún lugar tranquilo. Era entonces invierno y en las primeras horas de la tarde una espesa niebla blanquecina lo cubría todo, haciéndose cada vez más densa según avanzaba el día. Era domingo, lo recuerdo, y la gente de la casa estaba en la capilla. Hacia las tres salí furtivamente y me alejé lo más rápido que pude, aunque estaba débil por la abstinencia. La blanca neblina envolvía las silenciosas calles; una espesa escarcha se había acumulado en las desnudas ramas de los árboles, y los cristales de la helada resplandecían en las vallas de madera y en el frío y duro suelo bajo mis pies.

Seguí adelante, girando a derecha e izquierda completamente al azar, sin preocuparme de mirar los nombres de las calles, y lo único que recuerdo de mi andadura aquella tarde de domingo no parece sino los fragmentos inconexos de un mal sueño. En una visión confusa, a través de caminos a medias urbanos y a medias rurales, tropecé a un lado con campos grises que se desvanecían en el vaporoso mundo de la neblina, y al otro, cómodas villas en cuyas paredes tremolaba el resplandor de las chimeneas. Pero todo era irreal: las paredes de ladrillo rojo y las ventanas encendidas, los imprecisos árboles y la trémula campiña, las lámparas de gas que hacían resaltar las blancas sombras, la perspectiva en fuga de las vías del tren bajo los elevados terraplenes, el verde y el rojo de las señales luminosas, no eran más que imágenes fugaces que inflamaban mi agotado cerebro y mis sentidos entumecidos por el hambre. De vez en cuando oía resonar pasos apresurados en el duro camino, y pasaban a mi lado gentes bien arropadas, caminando apresuradamente para entrar en calor, y anticipando, sin duda, con vehemencia los placeres del hogar encendido, con las cortinas bien corridas sobre los helados cristales y la acogida de sus amigos.

Pero conforme la tarde oscurecía y la noche se aproximaba, los caminantes fueron decreciendo cada vez más, y atravesé sola una sucesión de calles. Daba traspies en medio de aquel blanco silencio, tan desolada como si pisara las calles de una ciudad enterrada. Según me sentía más débil y exhausta, algo parecido al horror de la muerte me envolvía el corazón. Súbitamente, al doblar una esquina, alguien me abordó cortésmente bajo la farola, y oí una voz que me preguntaba si amablemente podía indicarle cómo llegar a la calle Avon. La súbita sacudida de la voz humana me postró todavía más y acabó con mis fuerzas; caí en la acera hecha un ovillo y lloré y solloqué y reí presa de un violento ataque de histeria. Había salido dispuesta a morir, y al traspasar el umbral que me había protegido dije adiós conscientemente a todas las esperanzas y todos los recuerdos.

Cuando la puerta rechinó tras de mí con atronador ruido sentí que un telón de acero había caído sobre el breve transcurso de mi vida, que me quedaba muy

poco camino por recorrer en un mundo de tristeza y oscuridad; comenzaba la escena del primer acto de mi muerte. A continuación vino mi errabundeo entre la niebla, la blancura que todo lo envolvía, las calles vacías, el silencio velado, hasta que aquella voz me habló como si yo estuviese muerta y la vida retomara a mí. En pocos minutos logré calmar mis ánimos, y al levantarme me encontré en presencia de un caballero de mediana edad y aspecto agradable, pulcra y correctamente vestido. Me miró con piadosa expresión, pero, antes de que yo balbuciera mi ignorancia de la vecindad, ya que verdaderamente no tenía la más ligera noción de dónde me había extraviado, me habló.

—Querida señora —dijo—, parece usted en serios apuros. No puede imaginarse cuánto me alarma. Pero, ¿puedo preguntarle la naturaleza de su inquietud? Le aseguro que puede confiar tranquilamente en mí.

—Es usted muy amable —respondí—, pero me temo que no hay nada que hacer. Mi situación parece desesperada.

—¡Qué disparate! Es usted demasiado joven para hablar así. Venga, caminemos un rato, debe usted contarme sus dificultades. Quizá pueda ayudarla.

Había en sus modales algo muy tranquilizador y persuasivo, y mientras caminamos juntos le tracé un esbozo de mi historia, y le conté la desesperación que me había oprimido hasta casi morir.

—Hizo usted mal en ceder tan rotundamente —dijo cuando me callé—. En Londres un mes es demasiado poco tiempo para abrirse camino. Londres, permítame decirle, señorita Lally, no es una ciudad abierta ni indefensa; es una plaza fuerte, rodeada de un doble foso con extrañas intrincaciones. Como siempre suele ocurrir en las grandes ciudades, las condiciones de vida se han vuelto extremadamente artificiales; el hombre o la mujer que pretendan tomar por asalto la plaza no se enfrentarán a una simple empalizada, sino a apretadas filas de sutiles artefactos, minas y otros escollos que reclaman una rara habilidad para poder superarlos. Usted, en su inocencia, se imaginó que sólo tendría que gritar para que estas murallas se desvanecieran en la nada, pero ya ha pasado la época de tan asombrosas victorias. Tenga valor, aprenderá bien pronto el secreto del éxito.

—¡Ay de mí, señor! —contesté—. No dudo de que sus conclusiones sean correctas, pero en este momento creo estar a punto de morir de inanición. Habla usted de un secreto; por el amor de Dios, dígame si siente alguna compasión por mi aflicción.

El hombre rió afablemente.

—Eso es lo más extraño. Quienes conocen el secreto no pueden contarlos aunque quieran; es ciertamente tan inefable como la doctrina esencial de la francmasonería. Pero puedo decirle que usted al menos ha penetrado la capa exterior del misterio.

Y rió de nuevo.

—Le suplico que no se burle de mí —le dije—. ¿Qué he hecho, *que sais-je?* Soy tan ignorante que no tengo la más ligera idea de cómo me procuraré la próxima comida.

—Perdóneme. Me pregunta usted por lo que ha hecho. Se ha encontrado conmigo. Venga, no discutiremos más. Veo que es usted autodidacta, única forma de educación que no es infinitamente perniciosa, y estoy necesitado de una institutriz para mis dos hijos. Soy viudo desde hace varios años; me llamo Gregg. Le ofrezco a usted el puesto que he mencionado y un salario de, digamos, cien libras al año.

Sólo pude balbucir mi agradecimiento, y el señor Gregg, deslizándose en la mano una tarjeta con su dirección, y un billete de banco a modo de señal, me dijo adiós, pidiéndome que le fuera a ver un par de días después.

Así fue como conocí al profesor Gregg, y no debe extrañarle que el recuerdo de la desesperación y de la helada ráfaga que sopló sobre mí desde las mismas puertas de la muerte me hiciera considerarle como un segundo padre. Antes de concluir la semana estaba instalada en mis nuevos deberes. El profesor había arrendado un viejo caserón de ladrillo en un suburbio al oeste de Londres, y allí, rodeada de agradables prados y huertos, y sosegada por el murmullo de los antiguos olmos que sacudían sus ramas sobre el tejado, empezó un nuevo capítulo de mi vida. Conociendo la naturaleza de las ocupaciones del profesor, no le sorprenderá oír que la casa estaba atestada de libros, y de vitrinas repletas de extraños, e incluso horribles, objetos, ocupando hasta el último rincón de los vastos aposentos de la planta baja. Gregg era un hombre únicamente interesado en el saber, y en poco tiempo también yo me contagié de su entusiasmo, y me esforcé por participar en su pasión por la investigación. En pocos meses era más su secretaria que la institutriz de sus dos hijos, y muchas noches me sentaba ante el escritorio al resplandor de la velada lámpara, mientras él, paseándose de un lado para otro en la penumbra de la chimenea, me dictaba el contenido de su *Tratado de Etnología*. Pero entre esos estudios tan serios y exactos siempre detecté algo oculto, un anhelo y un deseo acerca de algún objeto al que no había aludido; y, de vez en cuando, se interrumpía en lo que iba diciendo y caía en un ensueño, arrebatado, así me lo parecía a mí, por alguna lejana visión de descubrimientos aventureros. Concluido al fin el tratado, empezamos a recibir pruebas de imprenta, que fueron confiadas a mí en su primera lectura para que, luego, el profesor hiciera la revisión final. Mientras tanto, aumentaba su cautela acerca del asunto que le ocupaba, y un día me entregó un ejemplar del libro con la alegre risa de un escolar al terminar el curso.

—He mantenido mi palabra —dijo—. Prometí escribirlo y lo he hecho. Ahora podré dedicarme a cosas más raras. Le confieso, señorita Lally, que ambiciono el renombre de Colón; espero que me verá interpretar el papel de explorador.

—Sin duda —dije— queda poco por explorar. Ha nacido usted unos pocos siglos

tarde para eso.

—Creo que se equivoca —respondió él—. Todavía quedan fantásticos países por descubrir y continentes de extensión desconocida. ¡Ay, señorita Lally! Créame usted, vivimos entre sacramentos y misterios que nos llenan de temor, y ni siquiera sabemos lo que será de nosotros. La vida, créame, no es cosa sencilla, ni se reduce a la masa de materia gris y el montón de venas y músculos que el bisturí del cirujano deja al descubierto; el hombre es el secreto que pretendo explorar, y antes de que pueda descubrirlo deberé surcar mares verdaderamente revueltos, y océanos, y nieblas de varios miles de años. Acuérdesse del mito de la desaparición de la Atlántida; ¿y si fuera cierto, y estuviera yo destinado a ser el descubridor de esa maravillosa tierra?

Podía ver la excitación que hervía bajo sus palabras, y en su rostro la pasión del cazador, me encontraba frente a un hombre que se creía emplazado a un torneo con lo desconocido. Una súbita alegría se apoderó de mí al pensar que, en cierta manera, iba a estar asociada a él en la aventura, y también me inflamó la codicia de la caza, sin que me parara a pensar que no sabía bien lo que estábamos buscando.

A la mañana siguiente el profesor Gregg me recibió en su estudio privado, donde, alineado contra la pared, tenía un casillero, de estantes primorosamente etiquetados, que clasificaba en unos cuantos pies de espacio los resultados de años de laborioso trabajo.

—Aquí —dijo— está mi vida; aquí están todos los datos que he reunido con tanta fatiga, que, sin embargo, no son nada. No, nada en comparación con lo que voy a acometer ahora. Mire esto —y me llevó hasta un viejo escritorio, una destartada y fantástica pieza en uno de los rincones del aposento, del que levantó el tablero y abrió uno de los cajones interiores.

—Unos pocos fragmentos de papel —prosiguió, señalando al cajón— y una piedra negra, toscamente anotada con misteriosas marcas y rasguños, es todo lo que guarda el cajón. Esto que ve aquí es un viejo sobre con el sello rojo oscuro de hace veinte años, pero en el dorso he escrito a lápiz unas pocas líneas; esto es una hoja manuscrita y esto otro algunos recortes de oscuros periódicos locales. Y si me pregunta el objeto de la colección, no le parecerá extraordinario: una sirvienta de una granja, que desapareció y nunca más se supo de ella, un niño a quien se le supone haberse extraviado en las montañas, unos misteriosos garabatos en una roca caliza, un hombre asesinado mediante el golpe de una extraña arma; esa es la pista tras la que debo ir. Sí, como usted dice, hay una adecuada explicación para todo esto: la chica puede haber huido a Londres, Liverpool o Nueva York, el niño puede estar en el fondo de algún pozo de mina en desuso, y las letras sobre la roca pueden ser resultado del ocioso capricho de algún vagabundo. Sí, sí, admito todo eso; pero sé que tengo la verdadera clave. ¡Mire! —y me ofreció un trozo de papel amarillento.

Leí: *Caracteres encontrados en una roca de caliza en Colinas Grises*, y a continuación había una palabra borrada, probablemente el nombre de un condado, y una fecha de unos quince años atrás. Debajo había una serie de toscos caracteres, que parecían cuñas o cruces, tan extraños y estrafalarios como los del alfabeto hebreo.

—Ahora el sello —dijo el profesor Gregg, entregándome la piedra negra, de unas dos pulgadas de largo, y algo parecida a un anticuado atacador para la pipa, aunque mucho más grande.

Alcé la piedra hasta la luz y vi para mi sorpresa que los caracteres del papel se repetían en el sello.

—Sí —dijo el profesor— son los mismos. Y las marcas sobre la piedra caliza se hicieron hace quince años, con alguna sustancia de color rojo, mientras que los caracteres del sello tienen por lo menos cuatro mil años. Quizá mucho más.

—¿Es una broma? —le dije.

—No, ya lo he previsto. No iba a dedicar mi vida en pos de un chasco. He comprobado todo el asunto con sumo cuidado. Solamente una persona, aparte de mí, conoce la existencia de este sello negro. Además, existen otras razones en las que ahora no puedo entrar.

—Pero ¿qué significa todo esto? —dije—. No puedo entender a qué conclusión nos lleva.

—Mi querida señorita Lally, ésa es una pregunta que preferiría dejar sin respuesta durante algún tiempo. Tal vez nunca sea capaz de contarle los secretos aquí encerrados: unos pocos y vagos indicios, el esbozo de tragedias aldeanas, algunas marcas de tierra roja sobre una roca, y un antiguo sello. ¿Extraño conjunto de datos en que apoyarse? Media docena de evidencias, y veinte años atrás ni siquiera hubiera podido reunirlos. ¿Quién sabe qué espejismo o *terra incognita* puede haber más allá de todo esto? Miro a través de aguas profundas, señorita Lally, y la tierra de más allá bien pudiera ser, después de todo, una ilusión. Pero, con todo, no lo creo así, y bastarán unos cuantos meses para saber si estaba o no equivocado.

Cuando el profesor me dejó a solas, me esforcé en desenmascarar el misterio, preguntándome a dónde podían conducirnos tan insólitos retazos de evidencia. No estoy desprovista por entero de imaginación, y tenía buenas razones para respetar el rigor intelectual del profesor, sin embargo, me parecía que el cajón sólo contenía material para una fantasía, y en vano intenté imaginar qué teoría podría extraerse de los fragmentos esparcidos ante mí. En verdad, lo único que podía descubrir en lo que había oído y visto era el primer capítulo de una extravagante novela. Y, sin embargo, en lo más profundo de mi corazón ardía de curiosidad, y día tras día buscaba ansiosamente en el rostro del profesor Gregg algún indicio de lo que iba a ocurrir.

La señal llegó una noche después de cenar.

—Espero que podrá hacer sus preparativos sin muchas dificultades —me dijo súbitamente—. Nos marchamos dentro de una semana.

—¡De verdad! —dije con asombro—. ¿A dónde vamos?

—He alquilado una casa de campo al oeste de Inglaterra, no lejos de Caermaen, un tranquilo pueblecito que antaño fue ciudad y sede de una legión romana. Es un lugar muy aburrido, pero el campo es precioso y el aire saludable.

Noté un destello en sus ojos, y supuse que esta repentina mudanza tenía alguna relación con nuestra conversación unos pocos días antes.

—Sólo me llevaré unos cuantos libros —dijo el profesor Gregg—. Eso es todo. El resto permanecerá aquí hasta nuestra vuelta. Voy a tomarme unas vacaciones —prosiguió, sonriéndome— y no sentiré librarme por un tiempo de mis viejos huesos, piedras y desechos. Hace treinta años, sabe usted, que llevo dándole vueltas a los hechos; ahora es tiempo de fantasías.

Los días pasaron rápidamente. Cuando dejamos atrás el viejo caserón y comenzó nuestro viaje, pude advertir que el profesor se estremecía de excitación contenida, pero apenas presté atención a la vehemente impaciencia de su mirada. Partimos al mediodía, y a la caída de la noche llegamos a una pequeña estación rural.

Me encontraba cansada y excitada, y el trayecto a través de las vías férreas me pareció un sueño. Primero, las desiertas calles de una aldea olvidada, mientras oía la voz del profesor Gregg hablando de la Legión Augusta y del estruendo de armas y la impresionante pompa que solían acompañar a las águilas romanas.

Después, el ancho río deslizándose con todo su caudal, con los últimos resplandores crepusculares centelleando lúgubremente sobre las amarillentas aguas, los grandes prados, los trigales blanqueados, y la angosta senda que serpentea por la ladera entre las colinas y el agua.

Finalmente empezamos a ascender, y el aire se fue enrareciendo. Miré hacia abajo y vi la blanca neblina que silueteaba el curso del río como un sudario, y una región indefinida y sombría: imágenes y ensueños de onduladas colinas y bosques colgantes, más allá imprecisos contornos de cerros, y a lo lejos el fulgor deslumbrante de la hoguera en la montaña, lanzando intermitentemente columnas de resplandecientes llamas para luego desvanecerse hasta un rojo apagado. Subíamos despacio en un carruaje, y hasta mí llegó el helado soplo y el misterio del gran bosque que nos envolvía; me parecía estar vagando por sus más profundos abismos, y percibía el rumor del agua goteando, el perfume de las hojas verdes y el aliento de la noche de verano. Al fin el carruaje se detuvo y a duras penas pude distinguir la forma de la casa, mientras esperaba un momento entre las columnas del porche. El resto de la velada fue como un extraño sueño, limitado por el gran silencio del bosque, el valle y el río.

A la mañana siguiente, cuando desperté y observé a través del mirador de mi espacioso y anticuado dormitorio, vi, bajo un cielo gris, que la región rebosaba

todavía misterio. El precioso y largo valle, con el río serpenteando allá abajo, cruzado por un puente medieval de bóvedas en piedra; la clara presencia de las tierras altas, en lontananza; y los bosques que la noche anterior únicamente viera en sombras: todo parecía teñido de encanto, y el suave soplo del aire que penetraba por la abierta cristalera no se parecía a ninguna otra brisa. Miré en dirección al valle, y más allá, a las colinas que se sucedían una tras otra como olas en el mar; en primer término, una columna de humo azul pálido se elevaba todavía de la chimenea de una antigua y lúgubre granja, al pie de una escarpada cumbre coronada de abetos sombríos, y a lo lejos vislumbré la blanca cinta de un camino que ascendía y se perdía en alguna inimaginable región. Pero toda la vista estaba limitada por una gran muralla montañosa, inmensa hacia el oeste, que terminaba como una fortaleza en una cuesta empinada y un túmulo abovedado recortándose contra el cielo.

Ví al profesor Gregg paseando por el sendero de la terraza bajo las ventanas, y era evidente que saboreaba tanto la sensación de libertad como el pensamiento de que por un tiempo se había despedido de sus obligaciones. Cuando me uní a él había exultación en su voz al señalarme la extensión del valle y el serpenteo del río por entre las encantadoras colinas.

—Sí —dijo—, es un país extrañamente hermoso, y, para mí al menos, lleno de misterios. ¿No habrá olvidado, señorita Lally, el cajón que le mostré? No; y no habrá supuesto que he venido aquí solamente por el bien de los niños y el aire puro.

—Creo que he supuesto algo parecido —le respondí—. Pero debe recordar que no conozco ni siquiera la naturaleza de sus investigaciones; y en cuanto a la relación entre la búsqueda y este maravilloso valle, no se me ocurre nada.

Me sonrió misteriosamente.

—No debe usted creer que estoy haciendo un misterio de esto simplemente por gusto —dijo—. No me atrevo a hablar porque hasta ahora, no ha habido nada que decir, nada definido, quiero decir, nada que pueda ponerse por escrito, tan aburrido, seguro e irreprochable como cualquier documento diplomático. Y, además, tengo otra razón. Hace muchos años me llamó la atención un suelto de periódico que al momento me hizo concretar en una determinada hipótesis las vagas ideas y las fantasías a medio formar en muchas horas de ocio y especulación. Enseguida comprendí que pisaba un terreno resbaladizo; mi teoría era descabellada y fantástica en grado sumo, y bajo ninguna consideración hubiera escrito un solo detalle de ella para su publicación. Pero pensé que, delante de hombres de ciencia como yo, que conocen el curso de los descubrimientos, y son conscientes de que el gas que arde y destella en la taberna fue una vez hipótesis descabellada, ante hombres como éstos pensé que podría arriesgar mi sueño —digamos la Atlántida, o la piedra filosofal, o lo que usted quiera—, sin miedo al ridículo. Comprobé que estaba completamente

equivocado; mis amigos me miraron y se miraron entre ellos confusamente, y en las miradas que intercambiaron pude vislumbrar un poco de compasión y algo también de desprecio insolente. Uno de ellos me visitó al día siguiente e insinuó que debía estar padeciendo agotamiento cerebral por un exceso de trabajo. « Sin rodeos », dije, « piensa usted que me estoy volviendo loco. No lo crea ». Y le mostré la salida con muy poca cortesía. Desde ese día prometí solemnemente que nunca más susurraría a ninguna alma viviente la naturaleza de mi teoría; a nadie más que a usted le he mostrado el contenido de ese cajón. Después de todo, puedo estar persiguiendo una quimera; puedo haber sido engañado por una simple coincidencia; pero mientras permanezca aquí, en este místico silencio, entre bosques y yermas colinas, estoy más convencido que nunca de estar tras la pista segura. Vamos, es hora de que entremos.

Todo esto me maravillaba y excitaba a la vez. Sabía que el profesor Gregg solía emprender su trabajo paso a paso, examinando el terreno que pisaba, y no aventurando nunca una afirmación sin disponer de una prueba irrefutable. Sin embargo, adiviné, más por su mirada y la vehemencia de su tono de voz que por las palabras pronunciadas, que no se apartaba de su pensamiento la visión de algo casi increíble; y yo, que aun poseyendo algo de imaginación era muy escéptica, me sobresaltaba a la menor insinuación de lo maravilloso, y no podía menos que preguntarme si no estaría padeciendo el profesor una monomanía, excluyendo de este tema el método científico que presidiera el resto de su vida.

Con todo, pese a esta imagen de misterio que obsesionaba mis pensamientos, me rendí completamente al encanto del lugar. Por encima de la ajada casa de la ladera empezaba el gran bosque, una franja larga y oscura vista desde las colinas opuestas, que se extendía varias millas de norte a sur por encima del río, terminando al norte en parajes todavía más salvajes, cerros yermos y desolados, y ásperos campos, un territorio extraño que nadie visitaba, más desconocido para los ingleses que el corazón mismo de África. La casa estaba separada del bosque únicamente por un par de escarpados campos, y a los niños les encantaba seguirme por los largos senderos de maleza, entre suaves muros entretejidos de resplandecientes hayas, hasta el punto más elevado de la floresta, desde donde contemplábamos a un lado, a través del río, la elevación y hundimiento del terreno hasta la gran muralla montañosa del oeste, y del otro, la agitación e inclinación de los múltiples árboles, los prados altos, y el reluciente mar amarillo con la imperceptible costa. Solía sentarme en este lugar, sobre la hierba caldeada por el sol que señalaba el rastro de la Calzada Romana, mientras los dos niños competían a carreras para coger bayas de tojo que crecían en los márgenes. Aquí, bajo el profundo cielo azul y las grandes nubes en movimiento, como viejos galeones con las velas hinchadas, del mar a las colinas, escuchando el susurrante hechizo del enorme y viejo bosque, vivía únicamente para el deleite, y sólo recordaba extrañas cosas cuando al volver a casa encontrábamos al

profesor Gregg encerrado en el pequeño aposento que había convertido en su estudio, o bien paseando por la terraza, con el aspecto paciente y entusiasta de estar absorto en alguna investigación.

Una mañana, ocho o nueve días después de nuestra llegada, me asomé a la ventana y vi que todo el paisaje se transformaba ante mí. Las nubes habían descendido súbitamente hasta ocultar al oeste la montaña; el viento del sur impulsaba la lluvia valle arriba en columnas móviles, y el arroyuelo que irrumpe bajo la casa, al pie de la colina, ahora se precipitaba enfurecido río abajo como un torrente rojo. Por fuerza, nos vimos obligados a permanecer escondidos puertas adentro; y cuando hube atendido a mis pupilos, me senté en el gabinete, donde los restos de una biblioteca todavía atestaban una anticuada estantería. Había inspeccionado los estantes una o dos veces, pero su contenido no había logrado interesarme. Lo mejor de la biblioteca eran unos volúmenes de sermones del siglo dieciocho, un viejo tratado de veterinaria, una colección de poemas escritos por « personas de calidad », la *Connection* de Prideaux, y algún tomo suelto de Pope; parecía indudable que habían retirado todo lo que era interesante o valioso. Sin embargo, comencé a revisar desesperadamente las mohosas encuadernaciones en piel de carnero o becerro, y encontré, con sumo placer, un magnífico y viejo volumen en cuarto impreso por los Stephani, conteniendo los tres libros de Pomponio Mela, *De situ orbis*, y otro de antiguos geógrafos. Sabía suficiente latín para orientarme en un texto corriente, y pronto quedé absorta en la singular mezcla de realidad y fantasía que era como una luz brillando en un reducido espacio del mundo, y el resto, niebla, sombras y formas atroces. Examinando las páginas cuidadosamente impresas, mi atención recayó en el encabezamiento de un capítulo de Solino, y leí las siguientes palabras:

MIRA DE INTIMIS GENTIBUS
LYBYAE, DE LAPIDE
HEXECONTALITHO

(« Maravillas de las gentes que habitan el interior de Libia, y de la piedra llamada Sesenta » .)

El curioso título me atrajo, y seguí leyendo:

Gens ista avia et secreta habitat, in montibus horrendis foeda mysteria celebrat. De hominibus nihil aliud illi praeferunt quam figuram, ab humano ritu prorsus exulant, oderunt deum lucis. Stridunt potius quam loquuntur: Vox absona nec sine horrore auditur. Lapide quodam gloriantur, quem Hexecontalithon vocant; dicunt enim hunc lapidem sexaginta notas ostendere. Cujus lapidis nomen secretum ineffabile colunt: quod Ixaxar^[1].

« Estas gentes », traduje para mí, « moran en lugares remotos y secretos, y

celebran nefandos misterios en montes horribles. Nada tienen en común con los hombres salvo el rostro, y las costumbres humanas les son completamente ajenas; y odian al sol. Sisean más que hablan; sus voces son ásperas y no pueden oírse sin temor. Se jactan de cierta piedra que llaman Sesenta porque dicen que ostenta sesenta caracteres. Esta piedra tiene un nombre secreto e indecible, que es Ixaxar» .

Me reí de la rara incoherencia de todo esto, que consideré digna de « Simbad el Marino» o de cualquier otro suplemento de las *Mil y una noches*. Cuando vi al profesor Gregg en el transcurso del día, le conté mi hallazgo en la estantería y los fantásticos disparates que había estado leyendo. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que me miraba con una expresión del más vivo interés!

—Realmente esto es muy curioso —dijo—. Nunca pensé que mereciera la pena leer a los antiguos geógrafos, y acaso me haya perdido algo bueno. ¡Ah!, éste es el pasaje, ¿no? Lamento tener que privarle de su entretenimiento, pero creo sinceramente que debo llevarme el libro.

Al día siguiente, el profesor me invitó a pasar a su estudio. Le encontré sentado frente a una mesa, a la plena luz de una ventana, escrutando algo muy atentamente con una lupa.

—¡Ay, señorita Lally! —comenzó diciendo—. Quisiera valerme de sus ojos. Esta lupa es bastante buena, pero no tanto como la que dejé en la ciudad. ¿Le importaría examinar usted misma la cosa, y decirme cuántos caracteres hay en ella grabados?

Me entregó el objeto que tenía en su mano. Era el sello negro que me había mostrado en Londres, y mi corazón comenzó a latir más deprisa ante el pensamiento de que dentro de poco iba a saber algo. Cogí el sello y, alzándolo hasta la luz, verifiqué uno a uno los grotescos caracteres en forma de daga.

—Yo calculo sesenta y dos —dijo por fin.

—¿Sesenta y dos? ¡Qué absurdo! Es imposible. ¡Ah!, ya veo lo que usted ha hecho: ha contado ésta y ésta —y señaló dos marcas que seguramente había tomado y o por letras iguales al resto.

—Sí, sí —prosiguió el profesor Gregg— pero obviamente son rasguños, hechos accidentalmente; seguidamente me di cuenta. Sí, entonces está muy bien. Muchas gracias, señorita Lally.

Me marchaba ya, un poco decepcionada de que me hubiese llamado simplemente para contar las marcas del sello negro, cuando repentinamente destelló en mi mente lo que había leído por la mañana.

—Pero, profesor Gregg —grité, falta de aliento— ¡el sello, el sello! Por supuesto es la piedra Hexecontalithos de la que escribió Solino; es Ixaxar.

—Sí —dijo—, supongo que sí. O quizá es una simple coincidencia. Con estas cosas, ya lo sabe usted, nunca se puede estar demasiado seguro. La coincidencia mató al profesor.

Me marché confundida por lo que había oído, sin saber, menos que nunca, cómo encontrar la pista adecuada en este laberinto de extrañas evidencias. Durante tres días persistió el mal tiempo, pasando de una enérgica lluvia a una densa niebla, sutil y goteante, y parecía que estuviésemos aprisionados en una nube blanca que nos aislara del resto del mundo. Entretanto, el profesor Gregg estaba a oscuras en su aposento, no dispuesto, al parecer, a dispensar confidencias o charlas de ninguna clase; le oía paseando de aquí para allá con paso rápido e impaciente, como si estuviese en cierta manera cansado de tanta inacción. La cuarta mañana fue excelente, y en el desayuno el profesor me comentó animadamente:

—Necesitamos ayuda extra para la casa; un muchacho de quince o dieciséis años, ya sabe usted. Hay muchos trabajos sueltos que privan de tiempo a las doncellas y un chico podría hacerlos mucho mejor.

—Las chicas no se me han quejado —le respondí—. Al contrario, Anne dijo que tenía menos trabajo que en Londres, debido a que aquí apenas hay polvo.

—¡Ah, sí, son unas buenas chicas! Pero pienso que nos arreglaríamos mejor con un chico. De hecho, eso es lo que me ha tenido preocupado los dos últimos días.

—¿Preocupado usted? —dije con asombro, pues en honor a la verdad el profesor jamás había mostrado el más mínimo interés por los asuntos de la casa.

—Sí —dijo—, el tiempo, ya sabe usted. Realmente no podría irme con esta niebla escocesa; no conozco bien la región y podría extraviarme. Pero esta misma mañana voy a buscar al muchacho.

—¿Y cómo sabe usted que hay por estos alrededores un chico como el que quiere?

—¡Ay, sobre eso no tengo dudas! Tendré que caminar todo lo más una o dos millas, pero estoy seguro de encontrar exactamente al chico que requiero.

Pensé que el profesor bromeaba, pero aunque su tono era bastante alegre, había en sus facciones algo de severidad y de obstinación que me confundió. Luego cogió su bastón, se detuvo en la puerta mirando al frente meditabundo, y me llamó al pasar y o por el vestíbulo.

—A propósito, señorita Lally, hay una cosa que quería decirle. Acaso haya oído usted decir que algunos de estos jóvenes campesinos son cerrados de mollera; «idiota» sería una palabra excesivamente cruel, por lo que acostumbran a llamarlos «naturales» o algo por el estilo. Espero que no le molestará si el chico que busco no resulta demasiado agudo; será completamente inofensivo, por supuesto, y para dar lustre a las botas no se necesitan muchos esfuerzos mentales. Dicho esto se fue, ascendiendo a marchas forzadas el camino que conduce al bosque, y dejándome a mí estupefacta; y entonces, por vez primera, mi asombro se mezcló con un repentino acento de terror, que no sabía de dónde procedía y era completamente inexplicable incluso para mí, y por un momento sentí en mi corazón algo parecido al escalofrío de la muerte, y ese miedo a lo desconocido que no tiene forma y es peor que la misma parca. Intenté recobrar mi valor en la

suave brisa que soplaba desde el mar y en la luz del sol después de la lluvia, pero los misteriosos bosques parecieron oscurecerse en torno mío; y la imagen del río serpenteando entre los cañaverales y el gris plateado del antiguo puente, evocaron en mi mente símbolos de un vago temor, de la misma manera que las cosas más inofensivas y familiares evocan terrores en la imaginación de un niño. Dos horas más tarde volvió el profesor Gregg. Lo encontré mientras descendía por el camino, y tranquilamente le pregunté si había podido encontrar algún chico.

—¡Oh, sí! —me contestó—. Encontré uno con bastante facilidad. Se llama Jervase Cradock y espero que nos será muy útil. Su padre murió hace muchos años, y la madre, a la que vi, parecía muy contenta ante la perspectiva de unos pocos chelines extra cada sábado por la noche. Como esperaba, no es demasiado despierto, y, según la madre, a veces tiene convulsiones; pero como no se le confiará la porcelana, eso no importa demasiado, ¿no es cierto? Y no es peligroso en modo alguno, como usted sabe, simplemente un poco débil mental.

—¿Cuándo vendrá?

—Mañana por la mañana a las ocho en punto. Anne le mostrará lo que tiene que hacer y cómo hacerlo. Al principio volverá a su casa por las noches, pero tal vez más adelante le convenga más dormir aquí y volver a casa sólo los domingos. No encontré ninguna objeción que hacerle.

El profesor Gregg hablaba en un tono tranquilo y prosaico, como si realmente las circunstancias lo justificaran; y, sin embargo, no pude reprimir mi asombro por todo el asunto. Sabía que realmente no necesitábamos ayuda en las tareas domésticas, y me impresionó la predicción del profesor de que el chico que iba a emplear podía resultar un poco « simple », seguida de su exacto cumplimiento. A la mañana siguiente oí decir a la sirvienta que el chico Cradock había llegado a las ocho, y que ella había intentado que fuera de utilidad. « No parece estar del todo en sus cabales, no lo creo, señorita », fue su único comentario. Más tarde le vi ayudando en sus faenas al anciano que cuidaba el jardín. Era un joven de unos catorce años, de pelo y ojos negros y piel aceitunada, y en cuanto advertí la curiosa vacuidad de su expresión comprendí que era un retrasado mental. Según pasaba yo, se tocó la frente torpemente, y le oí responder al jardinero con una voz extraña y áspera que me llamó la atención; me dio la impresión de alguien hablando desde lo más profundo de la tierra, y percibí un ruido sibilante, como el siseo del fonógrafo cuando el estilete recorre el cilindro. Me dijeron también que parecía ansioso por hacer todo lo que pudiera, y que era del todo dócil y obediente, y el jardinero Morgan, que conocía a su madre, me aseguró que era completamente inofensivo.

—Siempre ha sido un poco raro —me dijo— y no es de extrañar con todo lo que pasó la madre antes de que él naciera. Conocí bien a su padre, Thomas Cradock, que verdaderamente fue un excelente trabajador. Cogió algo malo en los

pulmones a causa de su trabajo en los húmedos bosques, nunca se recobró, y de repente falleció. Y cuentan que la señora Cradock estaba fuera de sí; de cualquier modo, la encontró el señor Hillyer, Ty Coch, encogida en lo alto de las Colinas Grises llorando y sollozando como alma en pena. Y Jervase nació unos ocho meses después, y, como le iba diciendo, siempre fue un poco raro. Y cuentan que apenas pudo andar, aterrorizaba a los otros niños con los ruidos que hacía.

Una de las palabras de esta historia despertó algún recuerdo dentro de mí, y, vagamente curiosa, le pregunté al anciano dónde estaban las Colinas Grises.

—Allá arriba —dijo, con el mismo ademán que empleara antes—. Debe pasar la taberna «Fox and Hounds» y atravesar el bosque por las viejas ruinas. Desde aquí hay sus buenas cinco millas, y es un lugar de lo más extraño. Dicen que es la peor tierra de aquí a Monmouth, aunque es buen pasto para ovejas. Sí, fue triste para la pobre señora Cradock.

El viejo volvió a su trabajo, y yo seguí paseando por el sendero entre las espalderas hinchadas y torcidas por los años, pensando en la historia que había escuchado y buscando a tientas el detalle que había despertado mi memoria. De pronto se me reveló: había visto la frase «Colinas Grises» en el trozo amarillento de papel que el profesor Gregg tomó del cajón de su escritorio. De nuevo fui presa de terribles angustias por una mezcla de miedo y curiosidad. Recordé los extraños caracteres copiados de la roca caliza, así como su identidad con la inscripción del antiguo sello y las fantásticas fábulas del geógrafo latino. Comprendí, sin duda, que a menos que la coincidencia hubiera montado toda la escena disponiendo estos extravagantes acontecimientos con curioso arte, iba a convertirme en espectadora de hechos muy alejados del usual y acostumbrado tráfigo de la vida. Día tras día observaba al profesor Gregg: seguía de cerca su pista adelgazando visiblemente por la ansiedad; y al atardecer, cuando el sol se oculta tras el vértice de la montaña, paseaba sin rumbo por la terraza sin levantar la vista del suelo, mientras la niebla se espesaba en el valle, la quietud del crepúsculo acercaba las voces lejanas, y una columna de humo azul se elevaba de la chimenea en forma romboidal de la lúgubre alquería, como había visto la primera mañana. Le dije que solía ser escéptica; pero, aunque entendía poco o nada, empecé a tener miedo, repitiéndome en vano los dogmas científicos de que la vida es únicamente material y de que en el universo no quedan tierras por descubrir, ni aun en las más remotas estrellas, donde lo sobrenatural pueda encontrar arraigo. Sin embargo, estas reflexiones me sugirieron el pensamiento de que realmente la materia es tan atroz y desconocida como el espíritu, que la propia ciencia se detiene en el umbral, y apenas llega a vislumbrar las maravillas del interior.

Un día destaca sobre todos los demás como un odioso faro rojo, presagiando las desgracias por venir. Estaba sentada en un banco del jardín, viendo escardar al chico de Cradock, cuando súbitamente me alarmó un ruido áspero y ahogado,

como el aullido de una bestia salvaje acosada, y me conmocionó indeciblemente ver al pobre muchacho temblando y sacudiendo todo su cuerpo como si pasaran a través de él descargas eléctricas, rechinándole los dientes, echando espuma por la boca y con la cara hinchada y amoratada hasta convertirse en una espantosa máscara humana. Chillé aterrada, y el profesor Gregg llegó corriendo; y, según le señalaba a Cradock, el muchacho cayó de bruces con un estremecimiento convulsivo y permaneció sobre la húmeda tierra, retorciéndose como un lución herido y prorrumpiendo sus labios en un inconcebible barboteo de sonidos estertóreos y siseantes. Parecía mascullar una infame jerga, con palabras, o lo que parecían palabras, que podían haber pertenecido a alguna lengua muerta desde tiempos inmemoriales y enterrada bajo el lodo del Nilo o en el más recóndito escondrijo de la selva mexicana. Por un momento cruzó por mi mente, mientras mis oídos se rebelaban contra ese clamor infernal, el pensamiento de que «seguramente se trata del mismísimo idioma del infierno», y luego grité repetidas veces y huí estremecida hasta lo más profundo de mi alma. Había visto la cara del profesor Gregg al inclinarse sobre el desdichado muchacho y levantarle, y me aterró la exultación que brillaba en todas sus facciones.

Cuando me senté en mi habitación con las persianas bajadas y los ojos ocultos bajo las manos oí pasos abajo y luego me dijeron que el profesor Gregg había traído a Cradock a su estudio y había cerrado la puerta. Escuché un vago murmullo de voces y temblé pensando en lo que podía estar pasando a sólo unos pocos pies de donde estaba sentada; anhelaba escaparme al bosque en busca de la claridad solar, pero temía las visiones con las que podía cruzarme por el camino. Por fin, mientras cogía nerviosamente el tirador de la puerta, oí la voz del profesor Gregg que me llamaba alegremente.

—Ya pasó todo, señorita Lally —dijo—. El pobre se ha recobrado y he dispuesto que duerma aquí a partir de mañana. Quizá pueda hacer algo por él.

—Sí —dijo poco después—, fue una visión muy penosa y no me extraña que se haya alarmado. Podemos esperar que bien alimentado se repondrá un poco, pero me temo que nunca se curará del todo.

Y afectó el aire lúgubre y convencional con que se suele hablar de las enfermedades incurables; aunque, debajo de él, yo percibía el placer que se agitaba con violencia en su interior y luchaba por expresarse. Era como mirar a la superficie del mar, clara e inmóvil, y ver debajo insondables abismos y un tumulto de olas pugnando entre sí. Realmente me torturaba y ofendía que este hombre, que tan generosamente me rescató de la misma muerte y que se mostró en todas las relaciones de su vida lleno de benevolencia y piedad, y afectuosamente precavido, pudiera estar por una vez tan manifiestamente del lado de los demonios y encontrara un horrible placer en los tormentos de un afligido prójimo. Aparte, yo luchaba contra esta diabólica dificultad y me esforzaba por hallar la solución; pero, sin la más ligera pista, estaba acosada por

el misterio y la contradicción. No veía nada que pudiera ayudarme y empecé a preguntarme si, después de todo, no me había librado de la blanca niebla del suburbio a un precio excesivamente alto. Insinué al profesor algo de lo que pensaba; dije lo bastante como para hacerle saber que estaba sumida en la más absoluta perplejidad, pero un momento después lamenté lo que había hecho al ver que su rostro se retorció en un espasmo de dolor.

—Mi querida señorita Lally —dijo—, ¿no estará tal vez pensando en dejarnos? No, no, no lo haría. No sabe cuánto me fío de usted, cómo avanzo confiadamente seguro de que usted está aquí para velar por mis hijos. Es usted, señorita Lally, mi retaguardia, pues, déjeme decirle, el asunto que me tiene tan ocupado no está del todo desprovisto de peligro. No habrá olvidado usted lo que le dije la primera mañana; mis labios están sellados por una antigua y firme resolución de no manifestar hipótesis ingeniosas o vagas conjeturas, sino solamente hechos incontestables, tan ciertos como una demostración matemática. Piense en ello, señorita Lally; no me empeñaría ni por un momento en retenerla aquí en contra de su voluntad, y, sin embargo, le confieso francamente que estoy persuadido de que es precisamente aquí, en medio de estos bosques, donde está su deber.

Me conmovió la elocuencia de su tono y el recuerdo de que, después de todo, el hombre había sido mi salvación, y le tendí la mano con la promesa de servirle lealmente y sin preguntas. Algunos días más tarde vino a verme el rector de nuestra iglesia —una pequeña iglesia lúgubre, severa y pintoresca, que asomaba a las mismas orillas del río, vigilando los flujos y reflujos de las mareas—, y el profesor Gregg le persuadió con facilidad para que se quedara y compartiese nuestra cena. El señor Meyrick era miembro de una antigua familia de terratenientes, cuya vieja casa solariega estaba situada entre colinas, a unas siete millas de distancia; así enraizado en la tierra, el rector era un depósito viviente de las antiguas y marchitas costumbres y tradiciones del país. Sus afables modales, algo excéntricos, se ganaron al profesor Gregg; y a los quesos, cuando un delicado borgoña había iniciado sus conjuros, los dos hombres ardían como el vino y hablaban de filología con el entusiasmo de un burgués por los títulos de nobleza. Estaba exponiendo el clérigo la pronunciación de la *ll* galesa, produciendo sonidos semejantes al gorgoteo de sus arroyos oriundos, cuando intervino el profesor Gregg:

—A propósito —dijo—, el otro día escuché una palabra muy extraña. Usted ya conoce a mi chico, el pobre Jervase Cradock. Ha adquirido la mala costumbre de hablar solo, y anteayer, mientras paseaba por el jardín, le oí, aunque él, evidentemente, no advirtió mi presencia. No pude entender mucho de lo que dijo, pero una palabra me impresionó ciertamente. Era como un sonido muy extraño, medio sibilante, medio gutural, y tan raro como esas *eles* dobles de las que usted acaba de hacer una demostración. No sé si podré darle una idea de ese sonido: lo más parecido es, quizá, *Ishakshar*. Pero la *k* debería ser una χ griega o una *j*

española. ¿Qué significa eso en galés?

—¿En galés? —dijo el clérigo—. No existe en galés semejante palabra, ni ninguna otra que remotamente se le parezca. Conozco el galés libresco, como lo llaman, y los dialectos coloquiales tan bien como cualquiera, pero no encontrará una palabra como esa desde Anglesea a Usk. Además, ninguno de los Cradock habla ni una palabra de galés; por esta zona está desapareciendo gradualmente.

—¿De veras? Lo que dice me interesa sobremanera, señor Meyrick. Le confieso que la palabra no me sonaba a galés. Pero pensé que podría ser alguna corrupción local.

—No, nunca oí tal palabra, ni ninguna otra que se le parezca. Realmente —añadió el clérigo, sonriendo caprichosamente— si pertenece a alguna lengua y o diría que debe ser a la de las hadas, las Tylwydd Têg, como las llamamos aquí.

La conversación pasó al descubrimiento en la vecindad de una villa romana; y poco después abandoné la habitación y me senté aparte extrañándome de la coincidencia de tan esquivos indicios de evidencia. Cuando el profesor me habló de esa rara palabra había sorprendido un destello en sus ojos; y, aunque la pronunciación que le dio fue en extremo grotesca, reconocí el nombre de la piedra de sesenta caracteres mencionada por Solino, el sello negro encerrado en un cajón secreto del estudio, en el que una raza ya desaparecida estampó para siempre unos signos que nadie puede descifrar, signos que, por lo que yo sé, podrían ocultar atrocidades de tiempos remotos, ya olvidadas antes de que las colinas cobrasen forma.

Cuando bajé de mi habitación a la mañana siguiente encontré al profesor Gregg en su eterno pasear por la terraza.

—Mire aquel puente —dijo al verme—. Observe el fantástico diseño gótico, los ángulos entre los arcos y el gris plateado de la piedra a la misteriosa luz del amanecer. Confieso que me parece simbólico: podría ilustrar una alegoría mística del paso de un mundo a otro.

—Profesor Gregg —dije tranquilamente—, es hora de que sepa algo de lo ocurrido y de lo que va a ocurrir.

Por el momento no me respondió, pero volví a hacerle la misma pregunta por la tarde y el profesor no pudo contener su excitación.

—¿No lo entiende usted todavía? —exclamó—. Pero si le he contado y le he mostrado una buena parte; ha oído usted casi todo lo que yo he oído, y visto lo que yo; o, al menos —y su voz se estremeció al hablar—, lo suficiente para aclarar una buena parte. Los sirvientes le contarían, no me cabe la menor duda, que el infeliz chico de Cradock tuvo otro ataque anoche; me despertó gritando con la misma voz que oyó usted en el jardín, y fui a su lado, y no le permita Dios ver lo que yo vi aquella noche. Pero todo esto es inútil; mi tiempo aquí está llegando a su fin; debo regresar a la ciudad dentro de tres semanas, pues tengo que preparar unas conferencias y necesito rodearme de todos mis libros. En muy

pocos días todo habrá terminado y ya no tendré que insinuar ni me verá ya más expuesto al ridículo como si fuese un loco o un charlatán. No, hablaré claro y me escucharán con una emoción que tal vez nadie ha logrado nunca despertar en el pecho de sus congéneres.

Se detuvo, y pareció resplandecer en él la alegría de un importante y maravilloso descubrimiento.

—Pero todo esto será en el futuro, el futuro próximo ciertamente, pero al fin y al cabo futuro —prosiguió finalmente—. Hay algo todavía que hacer. ¿Recuerda que le conté que mis investigaciones no estaban enteramente desprovistas de peligro? Sí, debemos enfrentarnos a una serie de peligros; cuando antes hablé del asunto no sabía cuántos, y hasta cierto punto sigo todavía a oscuras. Pero será una extraña aventura, la última de todas, el último eslabón de la cadena.

Mientras hablaba caminaba en perpendicular por la habitación, y pude oír en su voz los contrapuestos tonos de la exultación y el abatimiento, o quizá debería decir temor, el temor de los hombres que se hacen a la mar en aguas desconocidas, y pensé en su alusión a Colón la noche que me enseñó su libro. La tarde era un poco fría y un fuego de leños había sido encendido en el estudio en donde nos encontrábamos; la remitente llama y el resplandor en las paredes me recordaban los viejos tiempos. Estaba sentada en un sillón junto al fuego, preguntándome en silencio por todo lo que había oído, y todavía especulaba vanamente sobre los secretos móviles ocultos bajo la fantasmagoría de que fui testigo, cuando de repente tuve la sensación de que en la habitación se había producido algún tipo de cambio, que había algo poco común en su aspecto general. Durante algún tiempo miré en torno mío, tratando en vano de localizar la alteración que sabía que se había producido. La mesa junto a la ventana, las sillas, el descolorido canapé, todo estaba como lo había conocido. De pronto, como un recuerdo buscado irrumpe en la mente, supe lo que estaba fuera de lugar. Me encontraba frente al escritorio del profesor, situado al otro lado de la chimenea, y sobre él había un busto tiznado de Pitt, que nunca había estado allí antes. Y entonces recordé la verdadera posición de esa obra de arte: en la más lejana esquina junto a la puerta había una vieja alacena, que resaltaba en la habitación, encima de la cual, a unos quince pies del suelo, había estado el busto y allí, sin duda, había permanecido acumulando polvo desde los primeros años del siglo.

Estaba completamente asombrada y me senté en silencio, sumida todavía en la confusión. Por lo que yo sabía, en la casa no había escalera de tijera, pues había pedido una para arreglar las cortinas de mi dormitorio; e incluso a un hombre alto, encaramado a una silla, le resultaría imposible bajar el busto. Estaba colocado no al borde de la alacena, sino al fondo, contra la pared; y la estatura del profesor Gregg estaba, más bien, por debajo de la media.

—¿Cómo consiguió usted bajar a Pitt? —le dije finalmente.

El profesor me miró con curiosidad y pareció vacilar un poco.

—¿Le encontraron una escalera de tijera? ¿O, tal vez, el jardinero trajo de fuera una escala?

—No, no tuve ningún tipo de escalera. Y ahora, señorita Lally —prosiguió el profesor, simulando torpemente un tono jocos—, tengo un pequeño rompecabezas para usted; un problema a la manera de Holmes. Existen hechos claros y patentes: aguce el ingenio y halle la solución del rompecabezas. ¡Válgame Dios! —gritó con la voz rota— ¡No se hable más del asunto! Le digo que nunca toqué ese busto —y salió de la habitación con una expresión de horror en el rostro, dando un portazo al irse.

Miré vagamente sorprendida en torno a la habitación, sin darme cuenta del todo de lo que había sucedido, haciendo vanas conjeturas a modo de explicación y admirándome de que una simple palabra y el trivial cambio de un adorno pudieran remover aguas tan estancadas. «No tiene importancia», reflexioné, «he debido tocarle algún punto sensible; tal vez el profesor sea escrupuloso y supersticioso aun en cosas baladíes y mi pregunta puede haber violentado miedos inconfesables, como si alguien mata una araña o derrama sal delante de una típica mujer escocesa». Estaba inmersa en estas afectuosas sospechas y empezaba a enorgullecirme un poco de mi inmunidad frente a semejantes miedos inútiles, cuando la verdad cayó pesadamente sobre mi corazón como un plomo, y tuve que reconocer, helada de terror, que alguna atroz influencia había estado actuando. El busto era sencillamente inaccesible; sin una escalera nadie podía moverlo.

Fui a la cocina y hablé con la doncella lo más sosegadamente que pude.

—¿Quién ha movido ese busto de lo alto de la alacena, Anne? —le dije—. El profesor Gregg dice que él no lo ha tocado. ¿Encontró usted una vieja escalera en alguno de los cobertizos?

La muchacha me miró turbada.

—Jamás lo he tocado —dijo—. Lo encontré donde está ahora la otra mañana, cuando quité el polvo de la habitación. Fue el viernes por la mañana, ahora lo recuerdo, porque era la mañana siguiente a la noche en que Cradock se puso malo. Mi dormitorio está junto al suyo, ya lo sabe usted, señorita —prosiguió la chica lastimosamente— y era espantoso oírle gritar y pronunciar nombres que yo no podía entender. Me asusté mucho; y entonces llegó el señor y le oí hablar, y se bajó a Cradock al estudio y le dio algo.

—¿Y encontró usted el busto cambiado de sitio a la mañana siguiente?

—Sí, señorita. Cuando bajé y abrí las ventanas había en el estudio una especie de olor misterioso. Era un hedor desagradable, y me preguntaba qué podría ser. Como usted sabe, señorita, hace tiempo fui al Zoo de Londres con mi primo Thomas Barker, una tarde que tenía libre cuando estaba de servicio en casa de la señora Prince, en Stanhope Gate, y entramos en el pabellón de las serpientes, y

había el mismo tipo de olor. Me hizo sentirme muy enferma, lo recuerdo, y logré que Barker me sacara afuera. Era exactamente el mismo olor del estudio, como le decía, y yo me estaba preguntando de dónde vendría, cuando vi ese busto de Pitt sobre el escritorio del señor, y pensé para mí: «¿Quién ha hecho eso? y ¿cómo lo ha hecho?» Y cuando vine a quitar el polvo, miré al busto y vi una gran marca donde el polvo no se había depositado, pues no creo que le hayan pasado un plumero en muchos años, y no era una huella de dedos, sino algo parecido a Un gran parche, amplio y extenso. Pasé la mano por encima, sin pensar en lo que hacía, y la mancha era pegajosa y viscosa, como si un caracol hubiera reptado por encima de ella. Muy extraño, ¿no, señorita? Y me pregunto quién puede haber dejado esa suciedad y cómo lo habrá hecho.

La bienintencionada charla de la criada me impresionó profundamente; me tumbé en la cama y me mordí los labios para no gritar angustiosamente de terror y perplejidad. Verdaderamente, casi enloquecí de pavor, creo que si hubiera sido de día habría huido más que de prisa, olvidando todo mi valor y la deuda de gratitud que le debía al profesor Gregg, sin importarme si mi destino era morir lentamente de hambre, con tal de escapar de la red de terror ciego y pánico que cada vez parecía ceñirse un poco más en torno mío. Si supiera, pensaba, si supiera a quién hay que temer, podría guardarme de él; pero en esta casa solitaria, rodeada por todas partes de antiguos bosques y de abovedadas colinas, el terror parece brotar por doquier, y la carne se horroriza ante los débiles murmullos de cosas horribles. Vanamente me esforzaba por emplazar al escepticismo en mi ayuda, y me aferraba al sentido común para sustentar mi fe en el orden natural del mundo, pues el aire que entraba por la ventana era un aliento misterioso, y en la oscuridad sentía el silencio pesado y afligido como una misa de réquiem, y conjuraba imágenes de extrañas formas moviéndose velozmente entre los juncos, junto al aluvión del río.

Desde el momento en que, a la mañana siguiente, bajé a desayunar, sentí que la desconocida trama estaba llegando a un desenlace; el profesor, con rostro firme y resuelto, apenas parecía oír nuestras voces cuando le hablábamos.

—Salgo para un paseo más bien largo —dijo, cuando terminó de comer—. No deben esperarme, ni pensar que me ha ocurrido algo, si no regreso a cenar. Últimamente he estado un poco embotado, y creo que una pequeña caminata me hará bien. Quizá pase incluso la noche en una posada, si encuentro alguna que parezca limpia y confortable.

Enseguida comprendí, por mi experiencia acerca de la manera de ser del profesor Gregg, que no era una ocupación ordinaria o el placer lo que le impelía a salir. No sabía, ni siquiera remotamente adivinaba, su destino, ni tenía la más vaga idea de su encargo, pero el miedo de la noche anterior volvió a apoderarse de mí, y cuando le vi sonriente en la terraza, listo para partir, le imploré que se quedara y olvidara todos sus sueños sobre el nuevo continente por descubrir.

—No, no, señorita Lally —contestó, todavía sonriente—. Es ya demasiado tarde. Como usted sabe *Vestigia nulla retrorsum* es el lema de los auténticos exploradores, aunque espero que en mi caso no resulte literalmente cierto. Verdaderamente no tiene usted razones para alarmarse; considero mi pequeña expedición como una cosa bastante común, no más excitante que un día con mis martillos de geólogo. Hay un riesgo, por supuesto, pero eso ocurre en cualquier excursión. Me puedo permitir esa gentileza; cualquier hijo de vecino corre más peligro un centenar de veces por lo menos cada día de fiesta. Así es que levante usted ese ánimo, y hasta mañana a más tardar.

Caminaba a buen paso, y le vi abrir la puerta que señala la entrada al bosque; luego, desapareció entre la frondosidad de los árboles.

El día transcurrió tristemente con una extraña oscuridad en el ambiente, y de nuevo me sentía aprisionada entre los antiguos bosques, encerrada en una arcaica tierra de misterio y temor, olvidada por el mundo exterior, como si todo hubiese sucedido hace mucho tiempo. Tenía a la vez esperanzas y temores, y cuando llegó la hora de la cena esperaba oír los pasos del profesor en el vestíbulo y su voz celebrando no sé qué triunfo. Apacigué mi semblante para darle la bienvenida alegremente, pero cayó la noche y él no volvió.

Por la mañana, cuando la doncella golpeó a mi puerta, la llamé a gritos y le pregunté si había vuelto su señor. Cuando me contestó que la puerta de su dormitorio permanecía abierta y el recinto vacío, sentí el frío abrazo de la desesperación. Con todo, imaginé que habría encontrado agradable compañía y que regresaría para el almuerzo, o tal vez por la tarde, y me llevé a los niños a pasear por el bosque, haciendo todo lo posible por jugar y reírme con ellos, desterrando mis ideas de misterio y velado terror. Esperé hora tras hora, cada vez más inquieta. De nuevo cayó la noche y yo seguía aguardándole. Al fin, mientras me apresuraba a terminar de cenar, oí pasos afuera y el sonido de una voz humana.

La doncella entró y me miró extrañamente.

—Perdón, señorita —comenzó—, el señor Morgan, el jardinero, quiere hablarle un minuto, si no le importa.

—Hazle pasar, por favor —contesté yo, apretando los labios.

El anciano entró despacio en la habitación y la criada cerró la puerta tras él.

—Siéntese, señor Morgan —dije—. ¿Qué quiere decirme?

—Verá, señorita, el señor Gregg me dio algo para usted ayer por la mañana, justo antes de irse; insistió en que no se lo diera antes de las ocho en punto de esta noche, si todavía él no había regresado a casa, y que si volvía antes, tenía que devolvérselo en propias manos. Ya que el señor Gregg no ha vuelto todavía, como usted ve, supongo que lo mejor será entregarle inmediatamente el paquete. Levantándose a medias, sacó algo del bolsillo y me lo dio. Lo cogí en silencio, y viendo que Morgan parecía no saber qué hacer, le di las gracias y le deseé

buenas noches. Quedé sola en la habitación con el paquete en las manos, un paquete de papel cuidadosamente sellado y dirigido a mí, con las instrucciones que Morgan había citado, escritas con la letra grande y suelta del profesor. Al romper los sellos sentí un sofoco en el corazón, y dentro encontré un sobre, también destinado a mí, pero abierto; extraje la carta.

Mi querida señorita Lally Para citar el viejo manual de lógica, el hecho de que usted lea esta nota significa que he cometido algún tipo de desatino que, me temo, convierte estas líneas en una despedida. Es prácticamente seguro que ni usted ni nadie más volverá nunca a verme. Hice mi testamento previendo esta eventualidad, y espero que aceptará este pequeño recuerdo que le dejo, y mi sincero agradecimiento por la manera en que unió su suerte a la mía. El hado que me ha sido destinado es más desesperado y terrible que los más absurdos sueños humanos; pero si quiere, tiene usted derecho a conocerlo. Si mira en el cajón de la izquierda de mi tocador, encontrará usted la llave del escritorio, debidamente etiquetada. Al fondo del escritorio hay un sobre grande sellado y dirigido a su nombre. Le aconsejo que, sin dilación, lo arroje al fuego; dormirá mejor por las noches si así lo hace. Pero si quiere usted conocer la historia de lo ocurrido, allí está escrita para que pueda leerla.

La firma estaba impresa al pie con nitidez, y de nuevo volví a la página escrita y leí las palabras una a una, espantada y lívida, con las manos frías como el hielo, y faltándome la respiración. El silencio mortal de la habitación, y la idea de los bosques y colinas rodeándome por todas partes, me oprimían hasta la impotencia y la incapacidad, no sabiendo a quién recurrir. Finalmente resolví que, aunque la verdad me persiguiera toda la vida, tenía que conocer el significado de los extraños terrores que durante tanto tiempo me atormentaron, oscuros, confusos y atroces, como las sombras del bosque en el crepúsculo. Seguí cuidadosamente las instrucciones del profesor Gregg, y de mala gana rompí el sello del sobre, y extendí ante mí el manuscrito. Siempre llevo conmigo ese manuscrito y ya veo que no puedo negarme a su muda petición de leerlo. Esto es, pues, lo que leí aquella noche, sentada junto al escritorio al lado de una lámpara de pantalla.

La joven dama que se llamaba a sí misma señorita Lally procedió entonces a leer la

Declaración de William Gregg, F. R. S., etc.

Hace muchos años que tuve el primer vislumbre de la teoría, ahora casi, si no completamente, confirmada por los hechos. Mis dilatadas y frecuentes lecturas de libros anticuados y misceláneos prepararon en buena medida el terreno, y luego, cuando me convertí de algún modo en especialista, sumergiéndome en los estudios conocidos como etnológicos, de vez en cuando me sorprendieron algunos hechos que no cuadraban con la opinión científica ortodoxa, y algunos

descubrimientos que parecían aludir a algo todavía ignoto para nuestra investigación. En particular, llegué a convencerme de que gran parte del folklore del mundo no es sino una exagerada relación de acontecimientos realmente sucedidos, y especialmente me atrajeron los cuentos de hadas, la buena gente de las razas célticas. Ahí creía detectar una pizca de adorno y exageración, el disfraz fantástico, la gente pequeña vestida de verde y oro retozando entre las flores, y me parecía observar una indudable analogía entre el nombre dado a esta raza (supuestamente imaginaria) y la descripción de su aspecto y costumbres. Lo mismo que nuestros remotos antepasados llamaron a estos seres terribles «hadas buenas», precisamente porque los temían, así los han ataviado con formas encantadoras, sabiendo que de verdad eran todo lo contrario. También la literatura se ocupó de ellos desde un principio y prestó una inestimable ayuda a su transformación, de modo que los juguetones elfos de Shakespeare están ya muy lejos del original auténtico, y el verdadero horror se disfraza de traviesa malicia. Pero en los viejos cuentos, esas historias que solían provocar que los hombres se persignaran al sentarse alrededor del fuego a oírlos, la situación es bien diferente. Encontré un espíritu completamente opuesto en ciertos relatos de niños, hombres y mujeres que desaparecieron extrañamente de la tierra. Fueron vistos en el campo por un labriego caminando en dirección a un altozano verde y redondeado y nunca más se les volvió a ver, y se cuentan historias de madres que dejaron a sus hijos durmiendo tranquilamente, con la puerta de la cabaña toscamente atrancada con un leño, y al regresar no encontraron al regordete y sonrosado pequeño sajón, sino a una criatura delgada y consumida, de piel cetrina y penetrantes ojos negros, producto de otra raza. Pero existieron, además, otros mitos más siniestros todavía: el miedo a las brujas y a los hechiceros, la espeluznante malignidad del aquelarre, y la creencia en demonios que se mezclaron con los hijos de los hombres. Y así como hemos convertido a las terribles hadas en un grupo de elfos benignos, aunque monstruosos, ocultamos la negra perfidia de la bruja y sus compañeras bajo una imagen popular de *diablerie* de viejas, palos de escoba y cómicos gatos de rabo enhiesto. Así, los griegos consideraban a sus horribles Furias como damas benéficas, y los pueblos del norte han seguido su ejemplo. Proseguí mis investigaciones, hurtando horas a otros trabajos más imperativos, y me formulé esta pregunta: suponiendo que estas tradiciones fuesen ciertas, ¿quiénes eran los demonios que, según los relatos, asistían a los aquelarres?

No necesito decir que deseché lo que llamaría las hipótesis sobrenaturales de la Edad Media y llegué a la conclusión de que las hadas y los diablos eran de la misma raza y origen; una invención que, sin duda, la fantasía gótica de los viejos tiempos exageró y distorsionó, aunque creo firmemente que bajo toda esa imagería subyacía un oscuro fondo de verdad. En cuanto a algunas de las supuestas maravillas, dudaba. Aunque me resistía a aceptar que algún caso

concreto de espiritismo moderno pudiera contener un ápice de autenticidad, no estaba, sin embargo, del todo preparado para negar que, de vez en cuando, tal vez un caso entre diez millones, el cuerpo humano encubre poderes que nos parecen mágicos, poderes que, lejos de proceder de las alturas y conducirnos a ellas, son en realidad supervivencias de las profundidades del ser. La ameba y el caracol tienen poderes que nosotros no poseemos y creí posible que la teoría de la regresión pudiera explicar muchas cosas que parecen completamente inexplicables. Ésa era mi posición; tenía buenas razones para creer que gran parte de la más antigua e incólume tradición sobre las llamadas hadas tiene una base real, y pensaba que el elemento genuinamente sobrenatural de estas tradiciones se explicaría con la hipótesis de que una raza que se hubiera rezagado en la larga marcha de la evolución pudiera retener, como se una supervivencia, ciertos poderes que para nosotros serían enteramente milagrosos.

Ésa era la teoría que concebí; y trabajando en esa dirección me pareció encontrar confirmación en todas partes: en los restos de un túmulo, en la crónica de un periódico provinciano acerca de un congreso de anticuarios locales, y en todo tipo de literatura. Entre otros ejemplos, recuerdo la impresión que me produjo la frase de Homero « hombres de habla articulada », como si el escritor supiera o hubiese oído hablar de gentes cuyo idioma fuese tan tosco que apenas pudiera llamarse articulado; con mi hipótesis de una raza que se rezagó bastante con respecto al resto podía concebir fácilmente que tales gentes hablaran una jerga poco distante de los ruidos inarticulados de las bestias feroces.

En ésas estaba, persuadido de que, en todo caso, mi conjetura no se alejaba mucho de la realidad, cuando un día me llamó la atención un párrafo al azar en una pequeña publicación de provincias. Se trataba, en apariencia, de la breve relación de una sórdida tragedia típica de aldea: una joven inexplicablemente desaparecida y su reputación mancillada por el vil rumor. Sin embargo, podía leer entre líneas que el escándalo era mera suposición, probablemente inventada para explicar lo que de otra manera era inexplicable. Una fuga a Londres o a Liverpool, un cuerpo desnudo con un peso alrededor del cuello en el sucio fondo de una charca del bosque, o tal vez un asesinato; tales eran las teorías de los vecinos de la desgraciada muchacha. Pero mientras daba un vistazo al párrafo distraidamente, una idea cruzó veloz por mi mente con la violencia de una descarga eléctrica: ¿y si la enigmática y horrible raza de las colinas sobrevivía todavía, inalterada e inalterable como los turanios del *shelta*^[2] o los vascos españoles, vagando por lugares solitarios y montañas áridas, repitiendo de vez en cuando el comportamiento maligno de la leyenda gótica? He dicho que la idea me asaltó con violencia; en realidad me quedé sin aliento, y, presa de una extraña mezcla de horror y júbilo, me agarré con las dos manos a los brazos de mi sillón. Era como si uno de mis *confrères* de ciencias físicas, vagando por un tranquilo bosque inglés, se hubiera topado de repente con el viscoso y repugnante

ictiosaurio, modelo terrible de los cuentos de atroces serpientes muertas por valerosos caballeros, o hubiera visto oscurecerse el sol a causa del pterodáctilo, el dragón de la tradición. Sin embargo, en tanto que resuelto explorador del saber, la idea de semejante descubrimiento me llenó de alegría, y recorté el pedazo de papel y lo guardé en un cajón de mi viejo buró, decidido a convertirlo en la primera pieza de una colección de la más inesperada trascendencia. Esa noche permanecí sentado largo tiempo, soñando con las conclusiones que establecería, y ni siquiera una reflexión más serena quebró mi confianza. Con todo, cuando empecé a considerar el caso imparcialmente, comprendí que podía estar edificando sobre bases inestables; tal vez los hechos ocurrieron de acuerdo con la opinión local y yo contemplaba el asunto con excesiva reserva.

En cualquier caso, resolví mantenerme a la expectativa y me afirmé en la idea de que únicamente yo estaba al acecho, mientras que la gran multitud de pensadores e investigadores permanecía descuidada e indiferente, dejando pasar inadvertidos los más destacados hechos.

Transcurrieron varios años antes de que pudiera ampliar el contenido del cajón; y el segundo hallazgo, más que valioso en sí mismo, fue, en realidad, una mera repetición del primero, con la única diferencia de proceder de otra localidad, igualmente distante. Sin embargo, algo gané; pues en el segundo caso, como en el primero, la tragedia tuvo lugar en una región desolada y solitaria, confirmando al parecer mi teoría. Pero la tercera pieza fue mucho más decisiva. De nuevo entre sierras foráneas, lejos de cualquier carretera principal, encontraron a un anciano muerto, y a su lado el instrumento de ejecución. A decir verdad, hubo rumores y conjeturas, pues la mortal herramienta era una primitiva hacha de piedra, atada con cuerda de tripa a un mango de madera, lo que permitía las más extravagantes e improbables suposiciones. Sin embargo, como yo estimaba con cierto júbilo, las conjeturas más descabelladas estaban muy lejos de la realidad; y me tomé el trabajo de escribir al médico local que participó en la pesquisa. Hombre de cierta agudeza, se quedó pasmado. « Estas cosas no dan mucho que hablar por estas tierras —me escribió—, pero, francamente, aquí hay un espantoso misterio. He conseguido la posesión del hacha de piedra y he sido tan curioso como para probar sus poderes. La cogí en el jardín de atrás de mi casa una tarde de domingo en que mi familia y el servicio habían salido, y allí hice mis experimentos al resguardo de los setos de álamos. Me fue completamente imposible manejarla; no sé si requerirá algún peculiar balanceo, algún preciso ajuste de pesos que suponga una incesante práctica, o si solamente se puede golpear con ella mediante una cierta habilidad muscular, pero puedo asegurarle que entré en casa con una pésima opinión acerca de mis capacidades atléticas. Me sentía como un inexperto que prueba el “juego del martillo” en una verbena: mi propia fuerza parecía volverse contra mí, y me vi lanzado hacia atrás con violencia, mientras el hacha caía inofensiva al suelo. En otra ocasión intenté el

experimento con un hábil leñador del lugar, pero este hombre, que ha manejado su hacha durante cuarenta años, nada pudo hacer con el utensilio de piedra y erró todos los golpes de la manera más ridícula.

En resumen, si no fuera un supremo absurdo, diría que durante cuatro mil años nadie ha sido capaz de dar un golpe efectivo con la herramienta, que indudablemente se utilizó para asesinar al anciano.» Como puede imaginar, estas noticias fueron para mí preciosas; y poco después, cuando me enteré del resto de la historia y averigüé que el pobre viejo había estado contando lo que podía verse por las noches en cierta colina agreste, insinuando prodigios jamás escuchados, y que lo encontraron muerto en esa misma colina, mi exultación fue extrema, pues comprendí que estaba dejando atrás el terreno de las conjeturas.

El paso siguiente fue todavía más importante. Hace muchos años que poseo un extraordinario sello de piedra, un trozo deslustrado de piedra negra, de dos pulgadas de largo entre el mango y la estampilla, cuyo extremo es un tosco hexágono de una pulgada y cuarto de diámetro. En conjunto, tiene la apariencia de uno de esos largos y anticuados atacadores para la pipa. Me fue enviado de Oriente por un agente, que me informó que había sido encontrado cerca del solar de la antigua Babilonia. Pero los caracteres grabados en el sello eran para mí un enigma insufrible. Tenían algo del tipo cuneiforme, aunque con llamativas diferencias que detecté a primera vista, y fueron inútiles todos mis esfuerzos por leer la inscripción según las hipótesis que estipulan las normas para el desciframiento de la escritura en punta de flecha.

Semejante enigma hería mi orgullo, y a ratos perdidos sacaba el Sello Negro del estuche y lo escrutaba con tan vana perseverancia que llegué a familiarizarme con cada signo, y podría haber trazado de memoria la inscripción sin el más ligero error. Juzgue, entonces, mi sorpresa cuando un día recibí de un corresponsal del oeste de Inglaterra^[3] una carta y un anexo que me dejaron ciertamente perplejo. Sobre una gran hoja de papel alguien había trazado cuidadosamente los mismos caracteres del Sello Negro, sin ningún tipo de alteración, y arriba de la inscripción mi amigo había escrito: *Inscripción encontrada sobre una roca caliza en las Colinas Grises. Monmouthshire. Hecha con tierra roja y bastante reciente.* Volví a la carta. Mi amigo decía en ella: «Le envío la inscripción adjunta con todas las reservas debidas. Un pastor que pasó junto a la roca hace una semana jura que entonces no había marca de ningún tipo. Los caracteres, como ya he apuntado, han sido dibujados con tierra roja sobre la piedra y son de una altura media de una pulgada. A mi juicio parecen una especie de escritura cuneiforme, en buena medida alterada, aunque esto es, por supuesto, imposible. Podría ser una mistificación, o más probablemente garabatos de gitanos, que tanto abundan en este salvaje país. Como usted sabe, los gitanos tienen muchos jeroglíficos que usan para comunicarse entre sí. Por casualidad pude ver la piedra en cuestión hace un par de días, con ocasión de un

incidente bastante penoso que ocurrió en el lugar.»

Como puede suponerse, escribí inmediatamente a mi amigo, agradeciéndole la copia de la inscripción y preguntándole con fingida indiferencia por el incidente a que hacía mención. Para ser breve, me enteré que una mujer llamada Cradock, que había perdido a su marido un día antes, se había propuesto comunicar las malas noticias a un primo que vivía a unas cinco millas de distancia y tomó un atajo que atraviesa las Colinas Negras. La señora Cradock, que entonces era bastante joven, nunca llegó a casa de su pariente. Entrada la noche, un granjero, que había perdido un par de ovejas de su rebaño, caminaba por las Colinas Grises con una linterna y un perro. Le llamó la atención un ruido, que describió como una especie de lamento, lúgubre y lastimero; guiado por él encontró a la desdichada señora Cradock encogida junto a la roca caliza, sacudiendo el cuerpo de un lado a otro, y lamentándose y llorando tan angustiosamente que el granjero no tuvo más remedio, según dijo, que taparse los oídos para no salir corriendo. La mujer permitió que la llevaran a su casa, y una vecina fue a cuidarla. No paró de llorar en toda la noche, mezclando sus lamentos con palabras de una jerga ininteligible, y cuando llegó el médico la declaró loca. Guardó cama una semana, gimiendo, según decía la gente, como alma en pena eternamente condenada, y luego se sumió en un profundo sopor. Se pensó que el pesar por la pérdida de su marido había trastornado su juicio, y el médico, en un primer momento, no albergaba esperanzas de que viviera. No necesito decirle lo profundamente interesado que estaba yo en la historia, hasta conseguir que mi amigo me escribiera con frecuencia poniéndome al corriente de todos los detalles del caso.

Supé entonces que en el transcurso de seis semanas la mujer recuperó gradualmente el uso de sus facultades, y algunos meses después dio a luz un niño, bautizado Jervase, que por desgracia resultó ser retrasado mental. Ésos eran los hechos conocidos en el pueblo. Pero a mí, aunque palidecía con sólo imaginar las espantosas perversidades que sin duda se habían cometido, todo el episodio me pareció convincente, y me aventuré incautamente a insinuar la verdad a algunos amigos científicos. En cuanto pronuncié las palabras sentí amargamente haber hablado, revelando así el gran secreto de mi vida, pero comprobé, con una buena dosis de alivio mezclada con indignación, que mis temores estaban fuera de lugar, pues mis amigos me ridiculizaron en mi propia cara y me miraron como a un loco; y bajo la natural ira reí para mis adentros, sintiéndome tan seguro entre esos necios como si hubiese confiado lo que sabía a las arenas del desierto.

Habiendo llegado a conocer tanto, decidí saberlo todo y concentré mis esfuerzos en la tarea de descifrar la inscripción del Sello Negro. Durante muchos años hice de este enigma el único objeto de mis ratos de ocio, ya que la mayor parte de mi tiempo lo dedicaba, por supuesto, a otros deberes, y sólo de vez en cuando podía robar una semana para investigar. Si tuviera que relatar la historia entera de esta

curiosa investigación la exposición sería en extremo fastidiosa, pues contendría simplemente el informe de un largo y tedioso fracaso. Con lo que ya sabía de las antiguas escrituras estaba bien equipado para la caza, como siempre llamé a mi trabajo. Tenía corresponsales entre todos los hombres de ciencia de Europa y hasta del mundo entero, y no podía creer que en esta época ninguna escritura, por antigua y embrollada que fuera, resistiera mucho tiempo el proyector que sobre ella pensaba dirigir. En realidad, pasaron exactamente catorce años hasta que tuve éxito. Cada año aumentaban mis deberes profesionales y mi tiempo libre disminuía. Eso me retrasó, sin duda, en buena medida; y, sin embargo, cuando pienso en esos años, me asombra el vasto alcance de mi investigación sobre el Sello Negro. Convertí mi estudio en un centro y reuní antiguas transcripciones de todas las partes del mundo y de todas las épocas. Decidí que nada debía pasarme desapercibido, que aceptaría y seguiría el más imperceptible de los indicios. Pero, a la vez que probaba inútilmente un significado tras otro, empecé a desesperarme con los años, y me preguntaba si no sería el Sello Negro la única reliquia de alguna raza que desapareció de la tierra sin dejar ninguna otra huella de su existencia, que pereció finalmente, como se dice de la Atlántida, en algún gran cataclismo, anegados, tal vez, sus secretos bajo el océano, o sepultados en las entrañas de las montañas. Este pensamiento enfrió un poco mi entusiasmo, y aunque seguí perseverando, ya no fue con la misma convicción. El azar vino en mi ayuda. Estando de paso por una importante ciudad del norte de Inglaterra, tuve la oportunidad de visitar el más que estimable museo que hace tiempo fue fundado en aquel lugar. El conservador era uno de mis corresponsales. Mientras curioseábamos la vitrina de los minerales, me llamó la atención un espécimen —un trozo de piedra negra de unas cuatro pulgadas cuadradas— cuyo aspecto me recordaba, hasta cierto punto, al Sello Negro. Lo cogí descuidadamente, y al darle la vuelta descubrí, con asombro, que en la parte inferior había una inscripción. Procurando que la voz no me traicionara, le dije a mi amigo el conservador que me interesaba el espécimen y que le agradecería que me permitiera llevármelo al hotel por un par de días. No tuvo, por supuesto, ningún inconveniente, y me apresuré a retirarme, comprobando que, a primera vista, no me había engañado. Había dos inscripciones: una en caracteres cuneiformes ordinarios, y la otra en los mismos caracteres del Sello Negro; y en el acto me hice cargo de que mi tarea estaba cumplida. Hice copias exactas de ambas inscripciones y cuando las llevé a mi estudio londinense, con el sello delante, pude enfrentarme seriamente al problema. La inscripción del espécimen del museo, aunque bastante curiosa en sí misma, no tenía relación alguna con mi búsqueda, pero su transcripción me permitió adueñarme del secreto del Sello Negro. Por supuesto, tuve que recurrir en mis cálculos a algunas conjeturas; aquí y allí dudaba ante determinado ideograma, y un signo que se repetía una y otra vez en el sello me desconcertó

durante varias noches consecutivas. Pero al fin el secreto se reveló ante mí en correcto inglés, y leí la clave de la espantosa transmutación ocurrida en las montañas. Apenas escrita la última palabra, rompí con dedos temblorosos e inseguros el fragmento de papel en diminutos pedazos, los vi arder y ennegrecerse en la chimenea y luego trituré lo que quedaba hasta reducirlo a polvo finísimo.

No he vuelto a escribir esas palabras desde entonces; nunca escribiré las frases que cuentan cómo un hombre puede ser reducido al limo del cual procede y forzado a introducirse en el cuerpo de un reptil o una serpiente. Sólo quedaba una cosa por hacer. Sabía la verdad, pero deseaba comprobarlo. Pasado algún tiempo pude alquilar una casa en los alrededores de las Colinas Grises, y no lejos de la cabaña donde vivían la señora Cradock y su hijo Jervase. No es necesario que haga una relación completa y detallada de los sucesos aparentemente inexplicables ocurridos aquí, donde escribo esto. Sabía que Jervase Cradock llevaba en sus venas una parte de sangre de la «Gente Pequeña», y más tarde descubrí que se había encontrado más de una vez con sus parientes en lugares solitarios de esta desierta tierra. Cuando un día me llamaron al jardín y lo encontré en pleno ataque, hablando o siseando la horrible jerga del Sello Negro, me temo que la alegría prevaleció sobre la compasión. De sus labios se escapaban los secretos del mundo subterráneo, y la ominosa palabra «Ishakshar», cuyo significado me excuso por no dar.

Pero hay un incidente que no puedo dejar pasar inadvertido. En el desolado vacío de la noche, me despertó el sonido de esas sílabas siseantes que tan bien conocía; y, al ir a la habitación del pobre muchacho, lo encontré presa de terribles convulsiones y echando espuma por la boca, retorciéndose en la cama como si tratara de librarse de las garras de demonios que le estuvieran torturando. Lo bajé a mi habitación y encendí la lámpara, mientras él se retorció por el suelo, suplicando al poder que se había metido en su cuerpo que lo dejara. Vi cómo su cuerpo se hinchaba y se distendía como una vejiga, mientras su rostro ennegrecía ante mis ojos; y cuando llegó la crisis hice lo necesario según las instrucciones del Sello, y, dejando a un lado cualquier escrúpulo, me convertí en un hombre de ciencia, observador de lo que está pasando. No obstante, la visión que tuve que presenciar fue horrible, más allá casi de toda concepción humana y de la más delirante fantasía. Algo surgió del cuerpo tendido en el suelo, y alargó un viscoso y ondulante tentáculo a través de la habitación, que se apoderó del busto que había encima de la alacena y lo dejó sobre mi escritorio.

Cuando todo terminó, permanecí el resto de la noche paseando de un lado a otro, lívido y estremecido, el cuerpo empapado en sudor, tratando en vano de razonar para mis adentros. Me dije, y es bastante cierto, que en realidad no había presenciado nada sobrenatural, que un caracol que saca y mete sus cuernos era un ejemplo, en menor escala, de lo que había visto; y, sin embargo, el horror

venció todos estos razonamientos y me dejó quebrantado y detestándome a mí mismo por la parte que me correspondía en lo sucedido aquella noche.

Poco más queda por decir. Ahora me dirijo hacia la prueba final y el encuentro, pues he decidido que allí nada escaseará y podré ver cara a cara a la «Gente Pequeña». El Sello Negro y el conocimiento de sus secretos me ayudarán, y si por desgracia no regreso de mi expedición, no es necesario evocar aquí un cuadro completo de la atrocidad de mi hado.

Tras detenerse brevemente al final de la exposición del profesor Gregg, la señorita Lally prosiguió con su relato en las siguientes palabras:

Ésta fue la historia casi increíble que el profesor dejó tras él. Cuando terminé de leerla, la noche estaba muy avanzada, pero a la mañana siguiente cogí a Morgan y procedimos a explorar las Colinas Grises buscando alguna pista del profesor perdido. No le aburriré con una descripción de la salvaje desolación de aquella región, en la más completa soledad y con peladas colinas verdes salpicadas de peñascos grises de caliza, desgastados por los estragos del tiempo en fantásticas apariencias de hombres y bestias. Finalmente, tras muchas horas de agotadora búsqueda, encontramos las cosas que le conté: el reloj y la cadena, la bolsa y el anillo, envueltos en un trozo de tosco pergamino. Cuando Morgan cortó la cuerda de tripa que sujetaba el paquete y vi su contenido, estallé en lágrimas, pero al ver los pavorosos caracteres del Sello Negro repetidos sobre el pergamino me quedé sin habla, sobrecogida de terror, y creo que por vez primera comprendí la espantosa suerte que había corrido mi reciente patrón.

Solamente añadiré que el abogado del profesor Gregg trató mi versión de lo ocurrido como un cuento de hadas, e incluso se negó a mirar siquiera por encima los documentos que le presenté. Él fue el responsable de que apareciera en la prensa que el profesor Gregg se había ahogado y que su cuerpo debía haber sido arrastrado mar adentro.

La señorita Lally paró de hablar y miró al señor Phillips con ojos interrogantes. Él, por su parte, se hallaba sumido en un profundo ensueño, y al levantar la vista y contemplar el bullicio de las reuniones vespertinas en la plaza, hombres y mujeres apresurándose a participar de la cena, y multitudes acercándose ya a los teatros de variedades, todo el zumbido y la prisa de la vida actual le pareció irreal y quimérico, un sueño matinal después de despertar.

La novela de los Polvos Blancos

Me llamo Helen Leicester. Mi padre, el general Wyn Leicester, distinguido oficial de artillería, sucumbió hace cinco años a una complicada afección de hígado contraída en el pernicioso clima de la India. Un año más tarde, Francis, mi único hermano, regresó a casa tras una carrera excepcionalmente brillante en la universidad y se entregó con la resolución de un ermitaño a dominar lo que se ha dado en llamar acertadamente el gran mito del derecho. Era un hombre que parecía vivir con absoluta indiferencia a todo lo que se entiende por placer, y aunque más guapo que la generalidad de los hombres, y muy capaz de hablar con la alegría y agudeza de un vagabundo, evitaba la sociedad y se encerraba en una gran habitación de lo alto de la casa para prepararse como abogado. Al principio, se asignó diez horas diarias de estudio tenaz; desde que asomaban en oriente las primeras claridades, hasta que caía la tarde, permanecía encerrado con sus libros, almorzaba conmigo precipitadamente en media hora como si le molestase la pérdida de esos instantes, y salía a dar un corto paseo cuando empezaba a anochecer. Yo pensaba que este trabajo incesante debía de ser perjudicial, y trataba de apartarle de sus áridos libros de texto, pero su ardor parecía crecer en vez de disminuir, y el número de sus horas de estudio aumentaba. Hablé seriamente con él, le sugerí que se tomara un descanso de vez en cuando, aunque no fuera más que pasarse la tarde leyendo una sencilla novela; pero se echó a reír, y dijo que cuando tenía ganas de distraerse estudiaba el régimen de la propiedad feudal, y se burló de mi sugerencia de ir al teatro o pasar un mes en el campo. Yo no podía por menos de reconocer que tenía buen aspecto, y que no parecía resentirse de su trabajo: pero sabía que tan enorme esfuerzo acabaría desquitándose, y no me equivoqué. Empezó por asomar a sus ojos una expresión de ansiedad; luego pareció languidecer, y finalmente confesó que no se sentía completamente bien: tenía sensación de mareo, decía, y a veces se despertaba aterrado y bañado en sudores fríos, tras una noche de sueños espantosos. « Me estoy cuidando », dijo, « así que no debes preocuparte; ayer me pasé la tarde entera sin hacer nada, arrellanado en esa cómoda butaca que me diste, y garabateando tonterías en una hoja de papel. No, no; no pienso excederme en el trabajo. En una semana o dos estaré bien, ya verás » .

Sin embargo, pese a sus palabras tranquilizadoras, podía ver que no mejoraba, sino que iba a peor. Entraba en el salón con la cara penosamente avejentada y desalentada, esforzándose en aparentar alegría cuando yo le miraba; me parecía que tales síntomas eran un mal presagio, y me asustaba a veces la nerviosa irritación de sus movimientos y unas miradas que no lograba descifrar. Muy contra su voluntad, conseguí que accediera a dejarse reconocer por un médico y, de mala gana, llamó a nuestro viejo médico.

El doctor Haberdon me animó después de reconocer a su paciente.

—No es nada grave en realidad —me dijo—. Evidentemente, estudia demasiado, come con precipitación, vuelve a los libros demasiado de prisa, y el resultado lógico son los trastornos digestivos y alguna ligera alteración del sistema nervioso. Pero creo con toda sinceridad, señorita Leicester, que lo podemos remediar. Le he recetado una medicina que le irá muy bien; así que no esté preocupada.

Mi hermano se empeñó en que le preparase la receta un boticario de la vecindad. Tenía un establecimiento raro y anticuado, sin esa estudiada coquetería y lustre calculado que tan vistosos hacen los mostradores y los estantes de las modernas farmacias; pero a Francis le caía simpático el viejo boticario, y creía en la escrupulosa pureza de sus fármacos. Envió la medicina a su debido tiempo, y vi que mi hermano la tomaba regularmente después de las comidas. Eran unos polvos blancos de aspecto inocente, de los que disolvía una pequeña cantidad en un vaso de agua; se los removía yo, y desaparecían dejando el agua limpia e incolora. Al principio, Francis pareció mejorar notablemente: desapareció el cansancio de su rostro, y se volvió más alegre de lo que había sido nunca desde sus tiempos del colegio. Hablaba con animación de corregirse, y reconoció que había perdido el tiempo.

—He dedicado demasiadas horas al derecho —dijo riendo—; creo que me has salvado a tiempo. Aún puedo llegar a ministro de Justicia; pero no debo olvidarme de vivir. Tú y yo vamos a tomarnos unas vacaciones dentro de poco: nos iremos a París, nos divertiremos y procuraremos no acercarnos a la *Bibliothèque Nationale*.

Le confesé que me encantaba el plan.

—¿Cuándo saldremos? —pregunté—. Por mi parte, podemos irnos pasado mañana, si quieres.

—Bueno, eso es quizá un poco demasiado pronto. A decir verdad, todavía no conozco Londres, y supongo que hay que empezar por saborear los placeres del propio país. Pero saldremos dentro de una semana o dos, así que procura pulir tu francés. Yo sólo conozco el francés de la jurisprudencia, y me temo que no servirá de mucho.

Estábamos terminando de cenar, y se bebió la medicina como simulando estar en una juerga, como si fuese un vino de la bodega más selecta.

—¿Tiene algún sabor especial? —pregunté.

—No; no sabría que no estoy bebiendo agua —y se levantó de la silla y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación como si no supiese qué hacer a continuación.

—¿Pasamos al salón a tomar el café? —le pregunté—. ¿O prefieres fumar?

—No; creo que voy a salir a dar una vuelta. Es un atardecer maravilloso. Mira qué resplandor; es como una inmensa ciudad en llamas, y como si, abajo, entre las cosas oscuras, estuviese diluviando sangre. Sí. Voy a salir. Puede que no tarde en regresar, pero me llevaré mi llave. Así que buenas noches, cariño, si no te veo

hasta mañana.

Se cerró la puerta de golpe tras él, y le vi alejarse con paso ligero por la calle, balanceando su bastón de bambú. Me sentí agradecida al doctor Haberdon por esta mejoría.

Creo que mi hermano regresó muy tarde esa noche, pero a la mañana siguiente se encontraba de muy buen humor.

—Anduve sin un rumbo fijo —me contó—, disfrutando del aire fresco y animado por la multitud al llegar a los barrios más concurridos. Después, me encontré con un antiguo compañero de la universidad, un tal Orford, en medio de la gente, y después... bueno, nos divertimos. He experimentado lo que es ser joven y hombre. He descubierto que tengo sangre en las venas como los demás. He quedado con Orford para esta noche. Habrá una pequeña fiesta en un restaurante. Sí, me dedicaré a divertirme una semana o dos y oíré dar las doce todas las noches; y después, nos iremos tú y yo de viaje.

Fue tal la transmutación del carácter de mi hermano que en pocos días se convirtió en un amante del placer, en uno de esos haraganes desocupados que patean el pavimento del oeste, un buscador de restaurantes íntimos, y un crítico excelente de los bailes singulares; engordaba a ojos vista, y no hablaba ya de París, puesto que había encontrado su paraíso en Londres. Yo me sentía contenta y, no obstante, un poco preocupada; porque había algo en su alegría que me desagradaba vagamente, aunque no sabía qué era. Y poco a poco, se operó un cambio en él: siguió regresando a las frías horas de la madrugada, aunque no volví a saber nada más de sus placeres, y una mañana, mientras estábamos desayunando, le miré de repente a los ojos y vi a un extraño delante de mí.

—¡Oh, Francis! —exclamé—. ¡Francis, Francis! ¿Qué has hecho? —y unos sollozos violentos me impidieron decir nada más. Salí llorando de la habitación; porque, aunque yo no sabía nada, sin embargo lo sabía todo, y por una singular asociación de ideas, recordé el atardecer en que salió por primera vez, y el cuadro del cielo crepuscular se inflamó ante mí: las nubes como una ciudad incendiada y la lluvia de sangre. Sin embargo, luché contra tales pensamientos, y concluí que tal vez, después de todo, no había ocurrido nada grave; y por la noche, durante la cena, decidí apremiarle para que fijara la fecha en que emprenderíamos nuestro viaje de vacaciones a París. Habíamos charlado bastante animadamente; mi hermano acababa de tomarse su medicina, cosa que aún seguía haciendo. Iba yo a abordar la cuestión, cuando se me borraron las palabras del pensamiento y me pregunté, por un segundo, qué peso frío e intolerable me oprimía el corazón y me sofocaba con el inexpresable horror del que, no habiendo muerto, siente cómo clavan la tapa de su ataúd.

Habíamos cenado sin encender las velas. La habitación había pasado de una luz de atardecer a la penumbra, y las paredes y los rincones estaban oscuros. Pero desde donde yo me hallaba miré hacia la calle; y mientras pensaba lo que iba a

decirle a Francis, el cielo comenzó a enrojecer y a brillar, igual que en un atardecer que yo recordaba bien. Y en el espacio que se abría entre las oscuras masas de dos edificios apareció un grandioso espectáculo de llamas: inmensos remolinos de nubes retorcidas, abismos enormes de fuego, masas grises como las emanaciones que desprende una ciudad humeante, y un resplandor maligno e inflamado, muy arriba, acribillado de lenguas de un fuego más ardiente; y abajo, como un profundo lago de sangre. Volví los ojos hacia mi hermano, sentado delante de mí, y ya mis labios iban a formular las palabras, cuando vi su mano que descansaba sobre la mesa. Entre el pulgar y el índice de aquella mano había una señal, una mancha del tamaño de una moneda de seis peniques; una magulladura, a juzgar por su coloración. Sin embargo, sin saber por qué, tuve la certeza de que no era consecuencia de un golpe; ¡ah!, si la carne humana pudiera arder en llamas, y si esas llamas fuesen negras como la pez, entonces sería eso lo que tenía ante mí. Sin un pensamiento, y sin proferir una sola palabra, me produjo un tremendo horror el verla, y una célula recóndita de mi ser comprendió que era un estigma. Durante unos segundos, el cielo teñido de color se me oscureció como la medianoche, y cuando la luz volvió a mí, estaba sola en la habitación. Poco después, oí que se marchaba mi hermano.

A pesar de la hora, me puse el sombrero y fui a visitar al doctor Haberdon, y en la amplia sala de su consulta, mal iluminada por una vela que el doctor había entrado consigo, con labios temblorosos y voz vacilante a pesar de mi determinación, se lo conté todo, desde el día en que mi hermano empezó a tomar la medicina hasta la espantosa señal que le había visto apenas hacía media hora. Al terminar, el doctor me miró un momento con una expresión de gran compasión en su rostro.

—Querida señorita Leicester —dijo—, está usted angustiada por su hermano; se preocupa mucho por él, estoy seguro. Vamos, ¿no es así?

—Es verdad que me tiene preocupada —dije—. Hace una semana o dos que no me siento tranquila.

—Claro; y por supuesto, sabe qué misterioso mecanismo es el cerebro, ¿verdad?

—Comprendo adónde quiere ir a parar, pero no he sufrido ninguna ilusión óptica. He visto lo que le he dicho con mis propios ojos.

—Sí, sí; por supuesto. Pero sus ojos habían estado contemplando ese extraordinario crepúsculo que hemos tenido hoy. Es la única explicación. Mañana lo verá bajo una luz apropiada, estoy seguro. De todos modos, recuerde que me tiene siempre dispuesto a prestarle la ayuda que esté en mi mano. No vacile en acudir a mí o mandarme llamar si se encuentra en algún apuro.

Me marché muy poco convencida, completamente confusa, llena de tristeza y temor, y sin saber adónde dirigirme. Cuando, al día siguiente, nos reunimos mi hermano y yo, le lancé una rápida mirada y observé con sobresalto que llevaba la mano derecha, la mano en la que le había visto claramente aquella mancha

como de fuego negro, envuelta con un pañuelo.

—¿Qué te pasa en la mano, Francis? —le pregunté con voz firme.

—Nada importante. Me corté anoche en un dedo y me ha sangrado de manera molesta. Me lo he vendado lo mejor que he podido.

—Yo te lo vendaré bien, si quieres.

—Déjalo, gracias. Así está bien. Vamos a desayunar; estoy que me muero de hambre.

Nos sentamos, y no le quité ojo de encima. Apenas si comió ni bebió nada. Le echaba la comida al perro cuando creía que yo no miraba; había una expresión en sus ojos que hasta ahora nunca le había visto; y de repente me cruzó por la cabeza la idea de que aquella expresión apenas era humana. Tuve la firme convicción de que, por espantoso e increíble que fuese lo que había visto la noche anterior, no era ilusión, no era ningún engaño de mis sentidos enajenados, y en el transcurso de la tarde, fui otra vez a casa del médico.

El doctor Haberdén meneó la cabeza con gesto perplejo e incrédulo, y meditó unos minutos.

—¿Y dice usted que continúa tomando la medicina? Pero, ¿por qué? A mi entender, todos los síntomas de que se quejaba han desaparecido hace mucho. ¿Por qué sigue tomando ese potingue, si se encuentra completamente bien? Y, a propósito, ¿dónde encargó que se lo prepararan? ¿En casa de Sayce? Jamás le envió a nadie: el viejo se está volviendo descuidado. Venga conmigo a verle; me gustaría hablar con él.

Fuimos juntos a la farmacia; el viejo Sayce conocía al doctor Haberdén, y se mostró dispuesto a facilitarle toda clase de información.

—Creo que lleva usted varias semanas enviándole esto al señor Leicester por prescripción mía —dijo el doctor, entregándole al anciano un pedazo de papel escrito a lápiz.

El boticario se puso sus gruesos lentes con temblorosa inseguridad, y sostuvo en alto el papel con manos agitadas.

—Sí —dijo—, y me queda muy poco. Este producto es bastante raro, y hace tiempo que lo tengo ahí; tendré que traer más si el señor Leicester sigue tomándolo.

—Deje que le eche yo una mirada, por favor —dijo Haberdén, y el farmacéutico le dio un frasco de cristal. Le quitó el tapón, olió el contenido, y miró extrañado al anciano.

—¿De dónde ha sacado esto? —dijo—. ¿Qué es? Además, señor Sayce, esto no es lo que yo he prescrito. Sí, sí, y a veo que la etiqueta está bien, pero le repito que ésta no es la medicina.

—Lleva mucho tiempo ahí —dijo el anciano, algo aterrado—. La adquirí en el almacén de Burbage, como de costumbre. No se receta y hace algunos años que la tengo en el estante. Como ve, queda muy poca.

—Será mejor que me la dé —dijo Haberden—. Me temo que ha ocurrido una fatalidad.

Salimos en silencio del establecimiento, llevándose el médico el frasco cuidadosamente envuelto en un papel, debajo del brazo.

—Doctor Haberden —dije, cuando ya llevábamos un rato andando—, doctor Haberden.

—Sí —dijo él, mirándome sombríamente.

—Quisiera que me dijese qué ha estado tomando mi hermano dos veces al día durante todo este mes.

—Con franqueza, señorita Leicester, no lo sé. Hablaremos de esto cuando llegemos a mi casa.

Seguimos andando de prisa sin decir una palabra más, hasta que llegamos a su casa. Me rogó que me sentara y empezó a pasear de un extremo a otro de la habitación con la cara ensombrecida, según podía ver yo, por temores nada corrientes.

—Bueno —dijo al fin—. Todo esto es muy extraño; es natural que estuviera usted alarmada; en cuanto a mí, debo confesar que estoy muy lejos de sentirme tranquilo. Dejemos aparte, si no le importa, lo que me contó anoche y esta mañana; el caso es que durante las últimas semanas el señor Leicester ha estado saturando su organismo de un preparado totalmente desconocido para mí. Se lo aseguro, eso no es lo que yo le receté; y aún está por ver qué contiene realmente este frasco.

Lo desenvolvió, vertió cautamente unos granos de polvo blanco en un trozo de papel, y los examinó con atención.

—Sí —dijo—. Parece sulfato de quinina, como usted dice, en forma de escamitas. Pero huélalo.

Me tendió el frasco, y me incliné a oler. Era un olor extraño, empalagoso, etéreo, irresistible, como el de un anestésico fuerte.

Lo mandaré analizar —dijo Haberden—. Tengo un amigo que ha dedicado su vida entera a la ciencia de la química. Después sabremos a qué atenernos. No, no; no me diga nada sobre el otro asunto. No quiero saber nada de eso; y siga mi consejo y procure no pensar usted tampoco en ello.

Esa noche mi hermano no salió después de cenar como tenía por costumbre.

—He echado mi cana al aire —dijo con una risa extraña—, y debo volver a mis viejas costumbres. Un poco de derecho será el descanso adecuado, después de una dosis tan sobrecargada de placer —y sonrió para sí; y poco después subió a su habitación. Aún llevaba la mano toda vendada.

El doctor Haberden pasó por casa unos días más tarde.

—No tengo ninguna novedad especial para usted —dijo—. Chambers está fuera de la ciudad, de manera que no sé más que usted sobre el producto. Pero me gustaría ver al señor Leicester, si está en casa.

—Se encuentra en su habitación —dije—. Le diré que está usted aquí.

—No, no; yo subiré. Quiero hablar con él con entera tranquilidad. Quizá nos hayamos alarmado demasiado por poca cosa. Al fin y al cabo, sean lo que sean, parece que esos polvos blancos le han sentado bien.

Subió el doctor; y de pie en el vestíbulo, le oí llamar, abrirse la puerta, y cerrarse después. Estuve esperando en el silencio de la casa durante una hora; la quietud se volvía más intensa cada vez, mientras giraban las manecillas del reloj. Luego, sonó arriba el ruido de una puerta al cerrarse violentamente, y bajó el médico. Sus pasos cruzaron el vestíbulo y se detuvieron en la puerta del salón donde yo estaba. Contuve la respiración, angustiada, y vi en un pequeño espejo que mi cara estaba pálida; entró y se quedó junto a la puerta, sosteniéndose con una mano en el respaldo de una silla; le temblaba el labio inferior, como a un caballo. Tragó saliva y tartamudeó una serie de sonidos ininteligibles antes de hablar.

—He visto a ese hombre —comenzó, con un balbuceo áspero—. Acabo de pasar una hora con él. ¡Dios mío! ¡Y estoy vivo y en mis cinco sentidos! Me he enfrentado toda mi vida con la muerte, y conozco las ruinas en descomposición de nuestra envoltura terrena... ¡Pero eso no, eso no! —y se cubrió el rostro con las manos como para evitar la visión de algo que tuviera ante sí.

—No me vuelva a llamar otra vez, señorita Leicester —dijo, algo más sereno—. Nada puedo hacer ya en esta casa. Adiós.

Al verle bajar vacilante la escalera y alejarse por la acera en dirección a su casa, me dio la impresión de que había envejecido lo menos diez años desde por la mañana.

Mi hermano permaneció en su habitación. Me dijo con una voz que apenas reconocí que estaba muy atareado, y que quería que le subiesen la comida y se la dejasen junto a la puerta, de modo que así lo ordené a la servidumbre.

Desde ese día, me pareció como si esa noción arbitraria que llamamos tiempo se hubiese esfumado para mí. Viví con una sensación de horror constantemente presente, llevando a cabo maquinalmente la rutina de la casa, y hablando sólo lo imprescindible con las criadas. A veces salía a deambular por las calles una hora o dos, y luego regresaba a continuación. Pero dentro o fuera de casa, mi espíritu se demoraba en la puerta cerrada de la habitación superior y esperaba temblando a que se abriese. He dicho que apenas me daba cuenta del tiempo, pero creo que debió ser un par de semanas después de la visita del doctor Haberdon cuando, después de mi paseo, emprendí el regreso algo reconfortada y con cierta sensación de alivio. El aire era suave y agradable, y las formas vagas del follaje verde que flotaban en la plaza como una nube y el perfume de las flores transportaban mis sentidos y me hacían sentirme más feliz, y caminar animadamente.

Al detenerme en la acera para esperar a que pasara un carruaje, antes de cruzar a casa, miré hacia las ventanas de manera fortuita, e instantáneamente se me

llenaron los oídos de un fragor tumultuoso de aguas profundas y frías, el corazón me dio un salto, se me hundió como en un vacío sin fondo, y me paralizó un miedo y un terror sin forma ni figura. Extendí a ciegas una mano entre repliegues de espesa oscuridad, desde el valle sombrío y tenebroso, y evité caerme, mientras el empedrado oscilaba y se ondulaba bajo mis pies, y todas las cosas sólidas parecían disolverse debajo de mí. En el momento de mirar hacia la ventana de mi hermano, se había retirado la cortina, y algo dotado de vida se había asomado a mirar el mundo.

No, no puedo decir que viera rostro ni apariencia humana ninguna: fue un ser vivo, dos ojos llameantes que me observaron desde el centro de algo amorfo como mi terror, símbolo y presencia de todo mal y de toda espantosa corrupción. Me quedé donde estaba, presa de temblores y escalofríos, como dominada por la fiebre, ahogada por una angustia, una repugnancia y un horror inexpresables, y durante cinco minutos no fui capaz de recobrar la fuerza o el movimiento de mis piernas. Cuando crucé la puerta, eché a correr escaleras arriba hasta la habitación de mi hermano, y llamé.

—¡Francis, Francis! —grité—. ¡Por el amor del Cielo, contéstame! ¿Qué es ese animal horrible que tienes en la habitación? ¡Arrójalo, Francis, échalo de aquí!

Oí un ruido como de pies que se arrastraban, lentos y torpes, y un balbuceo ahogado y gorgoteante, como si alguien hiciese esfuerzos para decir algo; luego, el sonido de una voz cascada y ahogada, y unas palabras que entendí con dificultad.

—No hay nada aquí —dijo la voz—. Por favor, no me molestes. No me encuentro bien hoy.

Me marché horrorizada e impotente. No podía hacer nada. Me pregunté por qué me habría mentido Francis, puesto que, aunque de manera fugaz, había visto aquella aparición de detrás del cristal demasiado claramente para equivocarme. Permanecí sentada sin moverme, convencida de que había habido algo más, algo que había visto en el primer instante de terror, antes de que se clavaran en mí aquellos ojos llameantes. Y súbitamente, lo recordé. Al mirar hacia arriba, se estaban volviendo a cerrar las cortinas; pero pude ver lo que las movían, y al evocarlo comprendí que aquella imagen espantosa no se borraría jamás de mi memoria. No era una mano; no había dedos que cogieran la cortina, sino que la había apartado un muñón negro; y su perfil consumido y su torpe gesto, como el de la zarpa de una bestia, se habían grabado en mis sentidos antes de que la tenebrosa oleada de terror me sepultara al hundirme en el abismo. Me horroricé ante tal imagen, y de pensar en la criatura que vivía con mi hermano en su habitación; fui a su puerta y le llamé otra vez, pero no recibí respuesta. Esa noche, una de las criadas vino a susurrarme que hacía tres días que le colocaba regularmente la comida junto a la puerta, y después la retiraba intacta. La doncella había llamado, pero no había recibido respuesta: sólo había oído el

arrastrar de pies que había notado yo.

Pasaron los días, y siguieron dejándole a mi hermano los platos de comida delante de la puerta, y retirándolos sin que él los hubiese probado; y aunque yo tocaba repetidamente a la puerta y le llamaba, no conseguía que me contestase. Las criadas comenzaron entonces a hablarme; al parecer, estaban tan alarmadas como yo; la cocinera dijo que, al principio de recluirse mi hermano en su habitación, solía oírle salir por la noche, y deambular por la casa; y una vez, según dijo, oyó abrirse la puerta del vestíbulo, y cerrarse a continuación. Pero llevaba varias noches que no oía ruido ninguno. Finalmente, se produjo la crisis: fue al atardecer, estaba yo sentada en el salón, cada vez más poblado de sombras, cuando un alarido terrible desgarró el silencio, y oí escabullirse escaleras abajo unos pasos precipitados. Me quedé en suspenso, entró la doncella, y se detuvo delante de mí, pálida y temblorosa.

—¡Oh, señorita Helen! —baluceó—. ¡Dios mío, señorita Helen! ¿Qué ha pasado? Mire mi mano, señorita, ¡mire esta mano!

La llevé a la ventana, y vi que tenía una mancha negra y húmeda en la mano.

—No la comprendo —dije—. ¿Quiere explicarse?

—Estaba arreglando la habitación de usted en este momento —empezó—. Iba a abrir su cama, y de repente me ha caído en la mano algo mojado. Al mirar hacia arriba, he visto que el techo estaba negro y goteaba encima de mí.

La miré con firmeza y me mordí los labios.

—Venga conmigo —dije—. Traiga su vela.

La habitación donde yo dormía estaba debajo de la de mi hermano, y al entrar me di cuenta de que yo temblaba también. Miré al techo y vi una mancha negra, húmeda, de la que caían gotas negras; y debajo, un charco de un líquido horrible empapaba las blancas ropas de mi cama.

Eché a correr escaleras arriba y llamé con fuerza a la puerta.

—¡Francis, Francis, hermano mío! ¿Qué te ha pasado?

Presté atención. Hubo un sonido ahogado, y algo así como un regurgitar y gorgotear de agua, pero nada más. Llamé más fuerte, pero no contestó.

A pesar de lo que el doctor Haberdon había dicho, fui a buscarle. Le conté, con las mejillas bañadas en lágrimas, lo que había sucedido, y él me escuchó con expresión grave y severa.

—Por la memoria de su padre —dijo finalmente—, iré con usted; aunque no puedo hacer nada.

Salimos juntos; las calles estaban oscuras y silenciosas, sofocantes a causa del calor y las muchas semanas sin llover. A la luz de los faroles de gas, vi que el doctor tenía la cara blanca; y cuando llegamos a casa, le temblaban las manos.

Subimos directamente sin vacilar. Yo sostenía la lámpara, y él llamó con voz alta y decidida:

—Señor Leicester, ¿me oye? Insisto en verle. Conteste ahora mismo.

No hubo respuesta, pero los dos oímos aquel ruido ahogado al que me he referido.

—Señor Leicester, estoy esperando. Abra la puerta inmediatamente, o me verá obligado a derribarla.

Y aún volvió a llamar por tercera vez con una voz que tronó y resonó en las paredes:

—¡Señor Leicester! ¡Por última vez, le ordeno que abra la puerta! ¡Ah! —dijo tras una pausa de denso silencio—, estamos perdiendo el tiempo. ¿Tendría la bondad de traerme un atizador o algo parecido?

Corrí a un cuarto trastero donde guardábamos toda clase de cosas, y encontré una especie de azuela que me pareció apropiada para lo que el doctor se proponía.

—Muy bien —dijo—, esto servirá, creo. ¡Le comunico, señor Leicester —gritó al ojo de la cerradura—, que voy a abrir por la fuerza!

A continuación oí los golpes de la azuela, y astillarse y romperse la madera; con un crujido tremendo se abrió la puerta de repente, y retrocedimos sobrecogidos ante un alarido espantoso, una voz que no era humana, sino rugido de monstruo, que nos llegó inarticulado de la oscuridad.

—Sostenga en alto la lámpara —dijo el doctor—, y entramos y echamos una rápida mirada por la habitación.

—Ahí está —dijo el doctor Haberdén, aspirando profundamente—, mire, en ese rincón.

Miré; una punzada de horror me traspasó el corazón como un hierro al rojo vivo. En el suelo había una masa oscura, pútrida, borboteante de corrupción y podredumbre, ni líquida ni sólida, que cambiaba y se derretía ante nuestros ojos con un gorgoteo de burbujas viscosas, grasientas, como de pez hirviendo. Y en el centro brillaban dos puntos llameantes, como dos ojos; y noté también una agitación y contorsión como de miembros, y que alzaba algo que podía ser un brazo. Avanzó el doctor, levantó la azuela y descargó un golpe entre los dos puntos ardientes; enarboló a continuación la herramienta, y siguió golpeando, una y otra vez, con la furia de la repugnancia.

Una semana o dos más tarde, cuando ya me había recobrado algo de la terrible impresión, vino a verme el doctor Haberdén.

—He vendido mi consulta —empezó—, y mañana embarco para un largo viaje. No sé si volveré alguna vez a Inglaterra; es muy probable que compre un pedazo de tierra en California y me establezca allí para el resto de mi vida. Le he traído este sobre, que podrá abrir y leer cuando se sienta con fuerzas para hacerlo. Contiene el informe del doctor Chambers sobre lo que le pedí que analizara. Adiós, señorita Leicester, adiós.

No pude esperar. En cuanto se hubo marchado, lo abrí y leí el documento de un tirón. Aquí está el manuscrito; con su permiso, le voy a leer la asombrosa historia

que contiene:

Mi querido Haberdén —empezaba la carta—: Me he retrasado inexcusablemente en contestar a su pregunta sobre la sustancia blanca que me envió. Para serle sincero, he estado algún tiempo sin saber qué determinación tomar, porque en las ciencias físicas existe tanta intransigencia y tanto dogmatismo como en teología, y sabía que si le decía la verdad, podía ofender perjuicios arraigados, en otro tiempo tan caros para mí. No obstante, he decidido ser franco con usted; así que, en primer lugar, permítame que empiece con una breve explicación personal.

Usted me conoce, Haberdén, desde hace muchos años, y sabe que soy hombre de ciencia. Hemos hablado a menudo de nuestras profesiones, y hemos discutido sobre el abismo infranqueable que se abre a los pies de quienes creen alcanzar la verdad por caminos que se apartan de la vía ordinaria del experimento y la observación de las cosas materiales. Recuerdo el desprecio con que me hablaba usted una vez de esos científicos que han escarbado un poco en lo oculto e insinúan tímidamente que tal vez no son los sentidos, en última instancia, el límite eterno e impenetrable de todo conocimiento, la frontera inmutable que ningún ser humano ha rebasado jamás. Los dos nos hemos reído cordialmente, y creo que con razón, de las tonterías «ocultistas» actuales disfrazadas con nombres diversos: mesmerismos, espiritismos, materializaciones, teosofías, y toda la caterva de imposturas, con su penoso montaje de trucos lamentables y conjuros irrisorios, verdadera trastienda de las calles sórdidas de Londres.

*Con todo, pese a lo que acabo de decir, debo confesarle que no soy materialista, tomando este término en su acepción usual. Hace ya muchos años que me he convencido —yo, un escéptico, como recordará— de que la vieja y férrea teoría es total y absolutamente falsa. Quizá esta confesión no le hiera tan acerbamente como lo habría hecho hace veinte años; porque creo que no habrá dejado de observar que, desde hace algún tiempo, surgen hombres de pura ciencia que formulan nada menos que hipótesis trascendentales, y sospecho que la mayoría de los actuales químicos y biólogos de reputación no dudarian en suscribir el dictum del viejo escolástico: *Omnia exeunt in mysterium*, que significa, creo, que cada rama del saber humano, si tratamos de remontarnos a sus orígenes y primeros principios, se desvanece en el misterio. No tengo por qué aburrirle ahora con una relación detallada de los penosos pasos que me han llevado a mis conclusiones; unos cuantos experimentos de lo más simple me dieron motivo para dudar de mi punto de vista de entonces; y la cadena de pensamientos que arrancó de unas circunstancias relativamente insignificantes me llevó muy lejos. Mi antigua concepción del universo se ha venido abajo, y me encuentro en un mundo que me resulta tan extraño, espantoso y tremendo como las olas interminables del océano vistas por primera vez desde un pico de Darién. Ahora sé que las murallas de los sentidos, que parecían tan impenetrables, que parecían elevarse hasta los cielos y hundir sus cimientos en las profundidades, encerrándose en su interior para*

siempre, no son barreras tan inexorablemente infranqueables como imaginábamos, sino velos finísimos y etéreos que se deshacen ante el investigador y se disipan como la neblina matinal de los riachuelos. Sé que usted no ha adoptado jamás una postura materialista extremada; no ha tratado de establecer un negativismo universal, dado que su sentido de la lógica le ha apartado de tamaño absurdo. Pero estoy convencido de que encontrará extraño lo que digo, y que repugnará a su forma habitual de pensar. No obstante, Haberdén, es cierto lo que le digo; es más, para expresarlo en nuestro lenguaje corriente, se trata de la verdad única y científica, probada por la experiencia; y el universo es, en verdad, más espléndido y más espantoso que lo que nosotros solemos soñar. El universo entero, mi buen amigo, es un tremendo sacramento, una fuerza y energía místicas e inefables, veladas por la forma exterior de la materia. Y el hombre, y el sol, y los demás astros, y la flor de la yerba, y el cristal del tubo de ensayo, son tanto materiales como espirituales, y están todos sujetos a una actividad interior.

Probablemente se preguntará, Haberdén, adónde voy a parar con todo esto; pero creo que una pequeña reflexión podrá ponerlo en claro.

Comprenderá que, desde semejante punto de vista, cambia la concepción de todas las cosas, y lo que nos parecía increíble y absurdo puede ser perfectamente posible. En resumen, debemos mirar la leyenda y la fe con otros ojos, y estar dispuestos a aceptar historias que se habían convertido en meras fábulas. Desde luego, no es pedir demasiado. Al fin y al cabo, la ciencia moderna admite muchas cosas, aunque de manera hipócrita. No se trata, evidentemente, de creer en la brujería; pero ha de concederse cierto crédito al hipnotismo; los fantasmas han pasado de moda, pero aún hay mucho que decir sobre telepatía. Casi podría ser un proverbio lo siguiente: Dad nombre griego a una superstición, y creeréis en ella.

Hasta aquí, mi explicación personal. Ahora bien, usted me ha enviado un frasco tapado y sellado, conteniendo cierta cantidad de unos polvos blancos escamosos que un farmacéutico ha estado suministrando a uno de sus pacientes. No me sorprende saber que no ha conseguido ningún resultado en su análisis. Es una sustancia conocida por unos pocos desde hace cientos de años, pero que nunca habría esperado que me llegara de una farmacia moderna. No parece haber razón para dudar de la veracidad del farmacéutico. Efectivamente, ha podido adquirir en un almacén, como dice, esas raras sales que usted prescribió; y es probable que las haya tenido en el estante veinte años, o tal vez más.

Aquí comienza a intervenir lo que solemos llamar azar o casualidad: durante todos esos años, las sales han estado expuestas a determinadas variaciones periódicas de temperatura; variaciones que probablemente oscilaron entre los 40° y los 80°. Y por lo que se ve, tales cambios, repetidos año tras año a intervalos irregulares, con diversa intensidad y duración, han constituido un proceso tan complejo y delicado que no sé si un moderno aparato científico, manejado con la máxima precisión, sería capaz de producir el mismo resultado. Los polvos blancos que

usted me ha enviado son algo muy distinto del medicamento que recetó: son los polvos con que se preparaba el vino de los aquelarres, el Vinum Sabbati. Sin duda habrá leído algo sobre los aquelarres de las brujas, y se habrá reído de las historias que hacían temblar de miedo a nuestros antepasados: gatos negros, escobas y maldiciones formuladas contra la vaca de alguna pobre vieja. Desde que descubrí la verdad, he pensado a menudo que, en general, es una suerte que se crea en todas estas supercherías, porque ocultan muchas cosas que es preferible no divulgar. Sin embargo, si usted se toma la molestia de leer el apéndice de la monografía de Payne Knight, encontrará que el verdadero aquelarre era algo muy diferente, aunque el autor se ha abstenido de publicar todo lo que sabía. Los secretos del verdadero aquelarre eran secretos de tiempos remotos que subsistían en la Edad Media, secretos de una ciencia maligna que existía mucho antes de que los arios entrasen en Europa. Hombres y mujeres, sacados de sus hogares con pretextos engañosos, eran recibidos por unos seres capacitados para asumir; como efectivamente hacían, el papel de demonios, y llevados por sus guías a algún paraje solitario y despoblado, tradicionalmente conocido por los iniciados e ignorado por el resto del mundo. Quizá era la caverna de algún monte inhóspito y barrido por el viento, o algún lugar recóndito de un gran bosque; y allí se celebraba el aquelarre.

Allí, en la hora más tenebrosa de la noche, se preparaba el Vinum Sabbati, se llenaba el cáliz diabólico hasta los bordes y se ofrecía a los neófitos, que así participaban de su sacramento infernal; sumentes calicem principis inferorum, como lo expresa muy bien un autor antiguo. Y de repente, cada uno de los que habían bebido se encontraba acompañado de una pareja, una figura de encanto y atractivo ultraterrenos que le hacía señas para que fuese a compartir con ella goces más intensos, más vivos que las emociones de ningún sueño, a la consumación de las nupcias del sabbat. Es difícil hablar de esto, sobre todo porque aquella figura que atraía con sus encantos no era una alucinación sino, por espantoso que parezca, él mismo.

Debido al poder de aquel vino del sabbat —unos cuantos granos de polvos blancos disueltos en un vaso de agua—, se hendía el habitáculo de la vida, se disolvía la trinidad humana, y el gusano que nunca muere, y duerme dentro de nosotros, se transformaba en un ser tangible y externo y se vestía con una envoltura carnal. Y entonces, a la hora de la medianoche, se repetía y representaba la caída original y se cumplía el drama espantoso que se oculta tras el mito del Árbol de la Ciencia.

Tales eran las nuptiae sabbati.

Prefiero no seguir; usted, Haberdén, sabe tan bien como yo que no pueden infringirse impunemente las leyes más insignificantes de la vida, y que a un acto tan terrible como éste, en el que se profana el santuario más íntimo del hombre, tenía que seguirle una venganza feroz. Lo que comenzó en la corrupción, terminó también en la corrupción.

Debajo hay una nota añadida con letra del doctor Haberden:

Lo que precede es, por desgracia, estricta y absolutamente cierto. Su hermano me lo confesó todo la mañana en que le visité en su habitación. Lo primero que me llamó la atención fue su mano vendada, y le obligué a que me la enseñara. Lo que vi, y eso que hace ya bastantes años que ejerzo la medicina, me puso enfermo de repugnancia. Y la historia que tuve que escuchar fue infinitamente más espantosa que lo que hubiese creído posible. He estado tentado de dudar de la Bondad Eterna, que permite que la naturaleza ofrezca tan horrendas posibilidades. Si no hubiera visto usted el desenlace con sus propios ojos, le diría: no crea nada de todo esto. Tengo la impresión de que a mí no me queda demasiado tiempo de vida; pero usted es joven, y podrá olvidarlo.

Doctor Joseph Haberden

Dos o tres meses más tarde me enteré de que el doctor Haberden había fallecido poco después de zarpar su barco de Inglaterra.

La pirámide de fuego

1. La escritura en punta de flecha

—¿Que le persigue, dice usted?

—Sí, me persigue. ¿No se acuerda que cuando le vi hace tres años me habló de su casa en el oeste rodeada de viejos bosques, colinas abovedadas y agrestes, y terreno escabroso? Siempre he conservado en mi mente una especie de imagen encantada, sobre todo cuando me sentaba frente al escritorio a escuchar el ruidoso tráfico de la calle en medio del ajeteo londinense. Pero, ¿cuándo llegó usted?

—La verdad, Dyson, es que acabo de salir del tren. Esta mañana temprano he ido a la estación y he cogido el tren de las 10,45.

—Bien, me complace que venga a visitarme. ¿Cómo le ha ido desde nuestro último encuentro? Supongo que no habrá una señora Vaughan.

—No —dijo Vaughan—, todavía soy un eremita, como usted. No he hecho otra cosa que haraganear.

Vaughan había encendido su pipa y se había sentado en el sillón, inquieto, mirando en torno suyo de una forma algo trastornada e intranquila. Dyson había girado su silla cuando entró su visitante y se sentó con un brazo amistosamente reclinado sobre el escritorio de su estudio, en medio de un desorden de papeles manuscritos.

—¿Sigue todavía ocupado en su antigua tarea? —dijo Vaughan, señalando el montón de papeles y las abundantes casillas.

—Sí, la vana búsqueda de la literatura, tan ociosa como la alquimia, e igual de arrebatadora. Supongo que habrá venido a la ciudad para algún tiempo. ¿Qué haremos esta noche?

—Bueno, más bien desearía que se viniera usted conmigo unos días al oeste. Estoy seguro de que le haría mucho bien.

—Es usted muy amable, Vaughan, pero Londres en septiembre es difícil de dejar. Doré no podría dibujar nada tan maravilloso y místico como Oxford Street tal cual la vi la otra tarde: la llameante puesta de sol y la azulada bruma convertían la simple calle en una “lejana vía de la ciudad espiritual”.

—Sin embargo, me gustaría que viniera conmigo. Disfrutaré vagando por nuestras colinas. ¿Vale acaso la pena seguir trabajando todo el día y toda la

noche? Me deja usted absolutamente perplejo; me pregunto cómo puede trabajar así. Estoy seguro de que le deleitará la gran paz de mi viejo hogar entre bosques. Vaughan encendió de nuevo su pipa y miró ansiosamente a Dyson para comprobar si sus estímulos habían surtido algún efecto, pero el hombre de mundo agitó su cabeza, risueño, y juró para sus adentros su firme lealtad hacia las calles.

—No me tienta —dijo.

—Bien, puede que usted tenga razón. Después de todo, tal vez me equivoqué al hablar de la paz del campo. Allí, cuando ocurre una tragedia, es como cuando se arroja una piedra a un estanque: los círculos concéntricos de la perturbación siguen agrandándose y parece como si el agua no fuera ya a quedarse quieta nunca más.

—¿Por casualidad ha habido alguna tragedia donde usted vive?

—Apenas puedo decir eso. Pero hace como un mes me inquietó en grado sumo algo que sucedió; puede o no haber sido una tragedia en el usual sentido de la palabra.

—¿Qué aconteció?

—Bien, la verdad es que desapareció una muchacha de una forma que parece sumamente misteriosa. Sus padres, del linaje de Trevor, eran granjeros acaudalados, y Annie, que era su hija mayor, pasaba por una belleza local; en verdad era extraordinariamente hermosa. Una tarde decidió ir a visitar a una tía suya viuda que cultivaba su propia tierra, y como ambas granjas distaban solamente cinco o seis millas se puso en marcha, advirtiendo a sus padres que tomaría el atajo de las colinas. Nunca llegó a casa de su tía, y nunca más fue vista. Eso fue, en pocas palabras, lo que ocurrió.

—¿Qué cosa más extraordinaria! Supongo que no habrá en esas colinas minas abandonadas. Aunque no creo de verdad que nadie corra hacia algo tan formidable como un precipicio.

—No; el camino que la chica debió tomar no tenía trampas de ninguna clase; es solamente una senda sobre la agreste y desnuda ladera de la colina, lejos incluso de cualquier apartado camino. Se pueden recorrer en ella muchas millas sin encontrar un alma, pero es del todo segura.

—Y, ¿qué dice la gente?

—¡Oh! Cuentan disparates entre ellos. No se imagina usted la cantidad de aldeanos supersticiosos que hay en parajes tan remotos como el mío. Son tan exagerados como los irlandeses, ni una pizca menos, y aún más reservados.

—Pero, ¿qué dicen?

—¡Oh! Suponen que la chica se ha “ido con las hadas” o ha sido “arrebataada por las hadas”. ¡Vaya asunto! —prosiguió—. Uno se reiría si no fuera por la auténtica tragedia del caso.

Dyson parecía un poco interesado.

—Sí —dijo—, en estos días las “hadas” a buen seguro impresionan

favorablemente al oído. Pero, ¿qué dice la policía? Presumo que no aceptan esa hipótesis del cuento de hadas.

—No; pero parecen del todo perplejos. Lo que yo me temo es que Annie Trevor puede haber tropezado en su camino con algún bribón. Castletown es un importante puerto de mar, como usted sabe, y algunos de los peores marineros extranjeros desertan de sus barcos de vez en cuando y vagabundean por la ciudad de un lado para otro. No hace muchos años, un marinero español llamado García asesinó a una familia entera para robar menos de seis peniques. Algunos de esos tipos casi no son humanos, y mucho me temo que la pobre chica haya tenido un espantoso fin.

—Pero nadie vio a ningún marinero extranjero por la región, ¿verdad?

—No, eso es cierto; y, por supuesto, la gente de campo repara con facilidad en cualquiera cuyo aspecto y vestimenta se salgan un poco de lo común. Con todo, parece como si mi teoría fuera la única explicación posible.

—No hay datos a los que recurrir —dijo Dyson, pensativamente—. Supongo que no se tratará de un asunto amoroso o algo por el estilo.

—¡Oh, no! Ni por asomo. Estoy seguro de que si Annie estuviera viva habría procurado que su madre se enterara.

—Sin duda alguna. Sin embargo, es apenas posible que esté viva y que no pueda comunicarse con sus amigos. Pero todo esto debe haberle inquietado mucho.

—Sí, en efecto. Aborrezco los misterios, y especialmente los misterios que probablemente ocultan algún horror. Pero con franqueza, Dyson, le confieso que no vine aquí para contarle esto.

—Por supuesto que no —dijo Dyson, un poco sorprendido por la intranquilidad de Vaughan—. Ha venido usted a charlar de asuntos más alegres.

—No, en absoluto. Lo que le he contado sucedió hace un mes, pero algo que al parecer me ha afectado más personalmente ha tenido lugar en los últimos días, y, para ser sincero, he venido a la ciudad con la idea de que usted pueda prestarme ayuda. ¿Se acuerda de aquel curioso caso de que me habló en nuestro último encuentro? Algo sobre un fabricante de lentes.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo. Sé que entonces estaba absolutamente orgulloso de mi perspicacia; incluso hoy, la policía no tiene ni idea de para qué servían aquellas peculiares lentes amarillas. Pero, Vaughan, realmente parece usted bastante desconcertado. Espero que no sea nada serio.

—No, creo que he estado exagerando, y pretendo que usted me tranquilice. Pero lo que ha sucedido es muy extraño.

—Y, ¿qué ha sucedido?

—Estoy seguro de que se reirá de mí, pero ésta es la historia. Debe usted saber que existe un sendero, una servidumbre de paso que atraviesa mis tierras, y, para ser preciso, cercano a la tapia del huerto. No es utilizado por muchas personas; de vez en cuando lo encuentra útil algún leñador, y cinco o seis niños que van a la

escuela del pueblo pasan por él dos veces al día. Pues bien, hace dos días estaba paseando después de desayunar y acababa de llenar mi pipa junto a las inmensas puertas del huerto. El bosque, debo decirlo, llega hasta muy pocos pies de la tapia, y la senda de la que hablo sigue derecha a la sombra de los árboles. Pensé que era más agradable resguardarse del fuerte viento que soplabá y permanecí allí fumando, con los ojos fijos en el terreno. Entonces algo atrajo mi atención. Al pie mismo de la tapia, sobre la hierba, yacía una cantidad de pequeños pedernales ordenados según un modelo; algo como esto —y el señor Vaughan cogió un lápiz y una cuartilla de papel y dibujó unos cuantos trazos.

—¿Comprende usted? —continuó diciendo—. Había, según creo, doce piedras pequeñas cuidadosamente alineadas y espaciadas a distancias iguales, como le he mostrado en el papel. Eran piedras puntiagudas y las puntas estaban cuidadosamente orientadas en la misma dirección.

—Sí —dijo Dyson, sin demasiado interés—. No hay duda de que los niños que usted ha mencionado estuvieron jugando allí a su paso para la escuela. Los niños, como usted sabe, son muy aficionados a hacer semejantes composiciones con conchas de ostra, pedernales, flores o cualquier otra cosa que se cruce en su camino.

—Así pensaba yo. Únicamente reparé en que estos pedernales estaban ordenados según una especie de patrón. Pero a la mañana siguiente tomé el mismo camino, que, a decir verdad, es habitual en mí, y de nuevo vi en el mismo sitio un dibujo hecho con pedernales. Esta vez era un modelo realmente curioso; algo así como los radios de una rueda, confluyendo todos en un centro común formado por un dibujo que parecía una copa; todo ello, usted me entiende, realizado con pedernales.

—Tiene usted razón —dijo Dyson— en que parece bastante raro. Sin embargo, es razonable pensar que su media docena de escolares son los responsables de esas fantasías en piedra.

—Pensé dejar el asunto en paz. Los niños pasan por la puerta todas las tardes a las cinco y media, y yo solía pasear a las seis, encontrándome el dibujo tal y como lo había dejado por la mañana. Al día siguiente me levanté un cuarto de hora antes de dar las siete, y descubrí que todo el diseño había sido cambiado. Ahora era una pirámide silueteada con pedernales. A los niños los vi pasar una hora y media más tarde, y corrieron sin detenerse en el lugar ni mirar a ninguna parte. Por la tarde los vigilé cuando volvían a casa, y esta mañana, cuando fui hacia la puerta a las seis en punto, había esperándome algo parecido a una media luna.

—Entonces las series se presentan así: primero, ordenadas en filas, a continuación el dibujo de los radios y la copa, después la pirámide, y, por último, esta mañana, la media luna. Ése es el orden, ¿no?

—Sí, en efecto. Pero, ¿sabe usted?, todo esto me inquieta bastante. Supongo que le

parecerá absurdo, pero no puedo dejar de pensar que está pasando algún tipo de señalización por delante de mis narices, y esa clase de cosas es inquietante.

—Pero, ¿qué tiene usted que temer? No tiene enemigos, ¿verdad?

—No. Pero tengo una antigua vajilla de plata muy valiosa.

—¿Está usted pensando en ladrones? —dijo Dyson, considerablemente interesado

—. Pero usted debe conocer a sus vecinos. ¿Hay entre ellos algún personaje sospechoso?

—No, que yo me haya percatado. Pero, ¿recuerda lo que le conté acerca de los marineros?

—¿Puede confiar en sus sirvientes?

—¡Oh!, completamente. La vajilla está oculta en una caja fuerte; únicamente el mayordomo, un viejo criado de la familia, sabe dónde se guarda la llave. Hasta ahí todo va bien. Sin embargo, todo el mundo está enterado de que tengo mucha plata vieja, y la gente de campo es dada al chisme. Según eso, la información puede propalarse a ambientes muy indeseables.

—Sí, pero confieso que me parece algo insatisfactoria la teoría del robo. ¿Quién está haciendo señales, y a quiénes? No veo el modo de aceptar semejante explicación. ¿Qué fue lo que le hizo relacionar la vajilla con esos signos de pedernal o lo que sean?

—Fue la figura de la Copa —dijo Vaughan—. Da la casualidad que poseo una copa de ponche tipo Carlos II muy grande y muy valiosa. El engaste es realmente exquisito, y el objeto en sí vale mucho dinero. El signo que le describí tenía exactamente la misma forma que mi ponchera.

—Una curiosa coincidencia a buen seguro. ¿Y el resto de figuras o dibujos? ¿Tiene usted algo en forma de pirámide?

—¡Ah! Pensará usted que estoy chiflado. Da la casualidad que mi ponchera, junto con un juego de cucharones antiguos y raros, se guarda en un cofre de caoba en forma piramidal con el vértice hacia arriba.

—Confieso que todo esto me interesa mucho —dijo Dyson—. Prosigamos, pues, ¿qué hay de las otras figuras? ¿Qué hay del Ejército, como propongo llamar al primer signo? ¿Y del Creciente o Medialuna?

—Por desgracia no tengo nada que pueda relacionar con esos dos signos. Sin embargo, comprenderé que, en todo caso, tengo motivos suficientes para sentir curiosidad. Me incomodaría perder alguna pieza de la vajilla; casi todas ellas han permanecido en la familia durante generaciones. Y no puedo sacarme de la cabeza que algunos bribones tienen la intención de robarme y cada noche se comunican entre sí.

—Francamente —dijo Dyson— no puedo hacer nada; estoy tan a oscuras como usted mismo. Su teoría parece, ciertamente, la única explicación posible; y, sin embargo, las dificultades son inmensas.

Dyson se recostó en su sillón y ambos hombres se encararon mutuamente,

frunciendo el ceño perplejos ante un problema tan raro.

—A propósito —dijo Dyson, después de una larga pausa—, ¿cuál es la formación geológica de aquellas tierras?

El señor Vaughan elevó la vista, sorprendido en buena medida por la pregunta.

—Arenisca y caliza rojas, creo —dijo—. Precisamente estamos un poco más allá de los yacimientos de carbón.

—Pero, ¿está usted seguro de que no hay pedernales ni en la arenisca ni en la caliza?

—No, nunca vi pedernales en el campo. Confieso que me pareció un poco raro.

—Lo mismo diría. Esto es muy importante. A propósito, ¿de qué tamaño eran los pedernales que se utilizaron para confeccionar esos dibujos?

—Casualmente traigo uno conmigo. Lo cogí esta mañana.

—¿De la Medialuna?

—En efecto. Aquí está.

Y le entregó un pequeño pedernal de forma puntiaguda y de unas tres pulgadas de largo.

El rostro de Dyson ardió de excitación al coger la piedra de Vaughan.

—A buen seguro —dijo, después de una breve pausa— tiene usted algunos vecinos raros. Pero difícilmente creo que puedan albergar malas intenciones con respecto a su ponchera. ¿Sabe usted que esta punta de flecha de pedernal es antiquísima, y no sólo eso, sino que es una punta de flecha de un tipo único? He visto ejemplares de todas las partes del mundo, pero éste tiene unos rasgos verdaderamente peculiares.

A continuación guardó su pipa y tomó un libro del cajón.

—Tenemos justo el tiempo de coger el tren de las 5,45 para Castletown —dijo.

2. Los ojos sobre la tapia

El señor Dyson aspiró una gran bocanada de aire procedente de las colinas y sintió todo el encanto del escenario en torno suyo. Era muy temprano y se encontraba en la terraza delantera de la casa. El antepasado de Vaughan había edificado en la parte baja de la ladera de una gran colina, al amparo de un espeso y antiguo bosque que rodeaba la mansión por tres lados, y en el cuarto, al sudoeste, la tierra descendía suavemente y se sumergía en el valle, donde un arroyo serpenteaba en místicas eses, y los sombríos y fulgurantes alisos

señalaban el curso de la corriente. En la terraza de este lugar resguardado no soplaba el viento, y a lo lejos los árboles estaban inmóviles. Solamente un sonido rompía el silencio: el ruido del arroyo silbando allá abajo, el canto de las limpidas y resplandecientes aguas murmurando al sumergirse en las profundas y oscuras hoyas. Justo debajo de la casa se elevaba, transversalmente a la corriente, un puente de piedra gris, con bóvedas y contrafuertes, una reliquia de la Edad Media; y más allá, las colinas se elevaban de nuevo, inmensas y circulares como bastiones, cubiertas acá y allá de espesos bosques y matorrales de maleza, pero con las cumbres despobladas de árboles, mostrando únicamente césped gris y manchas de helecho, salpicadas con el oro de las frondas marchitas. Dyson miró en torno suyo y contempló la muralla de colinas y los viejos bosques, y el vapor que flotaba entre ellos; todo lo veía confuso y mortecino por la niebla matutina, bajo un cielo encapotado y una atmósfera silenciosa y fantasmal.

La voz del señor Vaughan rompió el silencio.

—Pensé que estaría usted demasiado cansado para madrugar tanto —dijo—. Veo que está admirando la vista. Es preciosa, ¿verdad? Aunque supongo que el viejo Meyrick Vaughan no pensaba demasiado en el paisaje cuando construyó la casa. Una rara y sombría mansión antigua, ¿no es cierto?

—Sí, y ¡qué apropiada a los alrededores! Parece una prolongación de las colinas grises y el puente de abajo.

—Me temo que le he preocupado con falsas apariencias, Dyson —dijo Vaughan, cuando ambos comenzaron a pasear de un lado a otro de la terraza—. He estado en el lugar de siempre esta mañana, y no había ninguna señal.

—¿De veras? Bien, supongo que iremos juntos hasta allí.

Ambos hombres atravesaron el césped y tomaron un sendero por entre los matorrales de acebo que conducía a la parte trasera de la casa. Allí, Vaughan señaló el camino que descendía hasta el valle y luego ascendía a las cumbres por encima de los bosques; después, se detuvieron bajo la tapia del huerto, al lado de la puerta.

—Aquí es, ¿lo ve? —dijo Vaughan, indicando un lugar en la hierba—. La mañana que vi por vez primera los pedernales me encontraba precisamente donde está usted ahora.

—Sí, así es. Esa mañana fue el Ejército, como lo llamé; luego, la Copa, después la Pirámide, y ayer la Medialuna. ¡Qué piedra más curiosa! —prosiguió, señalando un bloque de caliza que asomaba entre la hierba junto a la tapia—. Parece una especie de pilar enano, pero supongo que es natural.

—¡Oh, sí! Eso creo. Aunque imagino que lo trajeron hasta aquí, de la misma forma que nosotros estamos ahora. Sin duda, fue utilizado en los cimientos de algún edificio más antiguo.

—Es muy probable —asintió Dyson, escrutando con atención en torno suyo, del suelo a la tapia, y de la tapia a los espesos bosques que casi pendían sobre el

huerto, oscureciendo el lugar incluso por la mañana.

—Mire allí —dijo Dyson, por fin—. Esta vez ha sido con certeza cosa de niños. Mire eso.

Se inclinó y clavó la vista en el rojo apagado de la superficie de los reblandecidos ladrillos de la tapia. Vaughan se acercó y miró con dificultad donde señalaba el dedo de Dyson, pudiendo apenas distinguir una tenue marca de un rojo más intenso.

—¿Qué es esto? —dijo—. No entiendo nada.

—Mire un poco más de cerca. ¿No ve usted un conato de dibujo de un ojo humano?

—¡Ah!, ahora veo lo que quiere usted decir. Mi vista no es muy penetrante. Sí, eso es, sin duda quiere representar un ojo, como usted dice. Tenía entendido que los niños aprendían a dibujar en la escuela.

—¡Vaya!, es un ojo bastante extraño. ¿Ha reparado usted en su peculiar forma almendrada, parecida al ojo de un chino?

Dyson contempló detenidamente la obra del rudimentario artista, y escudriñó de nuevo la tapia, arrodillándose por la minuciosidad de su pesquisa.

—Me gustaría mucho saber —dijo finalmente— cómo un niño de un lugar perdido como éste puede tener alguna idea de la forma de un ojo mongol. Usted sabe que, como término medio, el niño tiene una impresión muy diferente del asunto: dibuja un círculo, o algo parecido, y coloca un punto en el centro. No creo que ningún niño imagine que un ojo se haga así realmente; es una convención del arte infantil. Pero esta forma almendrada me intriga en grado sumo. Tal vez se derive del chino dorado de alguna lata de té procedente de la tienda de ultramarinos. Sin embargo, es muy poco probable.

—Pero, ¿por qué está usted tan seguro de que lo ha hecho un niño?

—¿Por qué? Mire a lo alto. Estos anticuados ladrillos tienen un espesor de más de dos pulgadas; desde el suelo hasta el boceto, si le llamamos así, hay veinte hiladas, lo que da una altura de unos tres pies y medio. Ahora imagínese que va a dibujar algo sobre la tapia. Exactamente; su lápiz, si tuviera uno, alcanzaría la tapia en algún punto al nivel de sus ojos, esto es, más de cinco pies desde el suelo. Parece, por consiguiente, una simple deducción el concluir que este ojo fue dibujado por un niño de unos diez años.

—Sí, no pensé en ello. Por supuesto debe haberlo hecho un niño.

—Eso supongo; y, sin embargo, como dije, hay algo singularmente poco infantil en aquellas dos filas de piedras, y el mismo globo del ojo, lo ve, es casi un óvalo. A mi juicio, tiene un aire extraño y antiguo, y presenta un aspecto más bien desagradable. No puedo por menos que imaginar que, si me fuera posible ver el rostro entero ejecutado por la misma mano, no sería del todo agradable. Con todo, esto son bobadas, al fin y al cabo, y no estamos avanzando nada en nuestras averiguaciones. Es raro que las series de pedernales hayan tenido un final tan

repentino.

Los dos amigos se alejaron caminando hacia la casa, y cuando llegaban al porche vieron abrirse un claro en el plumizo cielo y un rayo de sol destelló en la colina gris que tenían delante.

Dyson merodeó todo el día, meditabundo, por los campos y bosques que rodean la casa. Estaba completa y cabalmente perplejo por las triviales circunstancias que se proponía elucidar, y de nuevo sacó de su bolsillo la punta de flecha de pedernal, le dió la vuelta, y la examinó con profunda atención. Había algo en ella que la hacía totalmente distinta de los especímenes que él había visto en los museos y colecciones privadas. La forma era diferente, y alrededor del filo presentaba una hilera de perforaciones puntuales, sugiriendo en apariencia motivos ornamentales. ¿Quién puede, pensaba Dyson, poseer semejantes cosas en tan remoto lugar? Y poseyéndolas, ¿quién podría utilizarlas tan fantásticamente para dibujar figuras sin sentido junto a la tapia del huerto de Vaughan?

La extremada absurdidad de todo el asunto le irritaba indeciblemente; y como su mente rechazaba nada más brotar una teoría tras otra, se sintió fuertemente tentado a tomar el siguiente tren de vuelta a la ciudad. Había visto la vajilla de plata que tanto apreciaba Vaughan, y había inspeccionado la ponchera, joya de la colección, con minuciosa atención; y lo que vio, y su entrevista con el mayordomo, le convencieron de que había un plan para robar la caja fuerte, que se les escapaba pese a su indagación. El cofre en donde se guardaba la copa, un pesado ejemplar de caoba, que visiblemente databa de principios de siglo, a buen seguro sugería intensamente una pirámide, y Dyson se inclinó al principio por las necias maniobras detectivescas; pero la sensatez le convenció de la imposibilidad de la hipótesis de robo, y la desechó impetuosamente por otras más satisfactorias. Preguntó a Vaughan si había gitanos en la vecindad, y oyó que no se habían visto romaníes en muchos años. Este hecho le desanimó bastante, pues conocía la costumbre gitana de dejar extraños jeroglíficos a lo largo de su recorrido, y se había exaltado al ocurrírsele esta idea. Cuando hizo la pregunta, se encontraba frente a Vaughan, junto al anticuado hogar, y se recostó en su sillón disgustado por la destrucción de su teoría.

—Es extraño —dijo Vaughan—, pero los gitanos nunca nos han molestado aquí. De vez en cuando, los granjeros encuentran vestigios de hogueras en la parte más agreste de las colinas, pero nadie parece saber quiénes son los que las encienden.

—¿Seguro que parecen de gitanos?

—No, en semejantes lugares no. Los caldereros, gitanos y vagabundos de todas las especies, se aferran a los caminos y no van más allá de las granjas.

—Bueno, nada más puedo añadir. Vi a los niños pasar esta tarde, y, como usted dice, corrían decididos. Así que, en todo caso, no encontraremos más ojos en la tapia.

—No, debo detenerlos uno de estos días y averiguar quién es el artista.

A la mañana siguiente, cuando Vaughan efectuaba su habitual paseo desde el césped a la parte trasera de la casa, se encontró a Dyson esperándole junto a la puerta del huerto, y, a todas luces, en un estado de gran excitación, pues le hacía furiosas señas con las manos y gesticulaba violentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vaughan—. ¿Otra vez los pedernales?

—No, mire allí, en la tapia. Allí, ¿no lo ve?

—¡Otro ojo de esos!

—En efecto. Dibujado, vea usted, a muy poca distancia del primero, casi al mismo nivel, aunque ligeramente más bajo.

—¿Quién demonios será el responsable? Los niños no pueden haberlo hecho; no estaba aquí anoche y ellos no han pasado a ninguna otra hora. ¿Qué puede significar?

—Creo que el mismo diablo es el causante de todo esto —dijo Dyson—. Por supuesto, uno no puede resistirse a la conclusión de que estos infernales ojos almendrados deben ser atribuidos a la misma mano que realizó los dibujos con las puntas de flecha; pero no podría decirle adónde nos conduce esta conclusión. Por mi parte, tengo que contener mi imaginación, o de lo contrario se dispararía.

—Vaughan —dijo, mientras daban su espalda a la tapia— ¿no se le ha ocurrido pensar que hay una circunstancia, una muy curiosa circunstancia en común entre las figuras hechas con pedernales y los ojos dibujados en la tapia?

—¿Cuál? —preguntó Vaughan, en cuyo rostro se adivinaba la sombra de un vago temor.

—Sabemos que los signos del Ejército, la Copa, la Pirámide y la Medialuna deben haberlos hecho por la noche. Probablemente están pensados para ser vistos de noche. Bien, precisamente el mismo razonamiento se puede aplicar a esos ojos de la tapia.

—No veo del todo la circunstancia en común.

—¡Oh, no faltaría más! Las noches son ahora oscuras y han sido muy nubosas desde que llegué, lo sé. Por otra parte, aquellos árboles que sobresalen de la tapia arrojan su sombra sobre ella, incluso en una noche clara.

—¿Y bien?

—Lo que se me ocurre es lo siguiente: lo que más llama la atención es que *ellos*, quienquiera que sean, deben haber sido capaces de ordenar las puntas de flecha en medio de la tétrica oscuridad del bosque, y luego de dibujar los ojos en la tapia sin ningún vestigio de tosquedad o imprecisión.

—He leído sobre personas confinadas en calabozos durante muchos años, que han sido capaces de ver completamente bien en la oscuridad —dijo Vaughan.

—Sí —dijo Dyson—, entre ellos el abate de *Monte Cristo*. Pero esta circunstancia es más singular.

3. La búsqueda de la Copa

—¿Quién es el anciano que le acaba de saludar? —dijo Dyson, cuando llegaron al recodo del camino próximo a la casa.

—El viejo Trevor. El pobre parece muy agotado.

—¿Quién es Trevor?

—¿No se acuerda? Le conté la historia la tarde que me presenté en su casa; era sobre una chica llamada Annie Trevor, que desapareció de la manera más inexplicable hace unas cinco semanas. Era su padre.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. Para serle sincero, lo había olvidado por completo.

—¿No se ha vuelto a saber nada más de la chica?

—Nada en absoluto. La policía está perpleja.

—Me temo que no presté demasiada atención a los detalles que usted me dio.

—¿Qué camino tomó la chica?

—Su sendero la hubiera conducido directamente al otro lado de las agrestes colinas que circundan la casa; el punto más cercano de esa senda se encuentra a unas dos millas de aquí.

—¿Está eso cerca del caserío que vi ayer?

—¿Se refiere usted a Croesy ceiliog, de donde proceden los niños? No; queda más al norte.

—¡Ah! Nunca tomé ese camino.

Entraron en la casa y Dyson se encerró en sus aposentos, inmerso en profundas dudas; dentro de él se cernía todavía la sombra de una sospecha, vaga y fantástica, que durante un rato le persiguió negándose a tomar forma definida. Estaba sentado junto a la ventana abierta, mirando al valle, y veía, como en un cuadro, el intrincado serpenteo del arroyo, el puente gris, y las vastas colinas elevándose al fondo.

Todo estaba tranquilo, sin una brizna de viento que sacudiera los místicos bosques colgantes; los arboles de la puesta de sol resplandecían sobre los helechos, mientras abajo, una tenue niebla blanca comenzaba a levantarse de la corriente. Dyson se acercó a la ventana cuando el día oscurecía y las inmensas colinas en forma de bastión se vislumbraban vastas y confusas, y los bosques aparecían tenues y más indefinidos. La fantasía que se había apoderado de él ya no le parecía del todo imposible. Pasó el resto de la velada en un ensueño, oyendo a duras penas lo que Vaughan decía. Y cuando tomó su vela en el vestíbulo, se detuvo un momento antes de desearle buenas noches a su amigo.

—Necesito un buen descanso —dijo—. Mañana tengo cosas que hacer.

—¿Se refiere a escribir?

—No. Voy a buscar la Copa.

—¡La Copa! Si se refiere a mi ponchera está a salvo en su cofre.

—No me refiero a su ponchera. Debe creerme, su vajilla nunca ha estado

amenazada. No, no le molestaré con más suposiciones. Dentro de poco tendremos, con toda probabilidad, algo más firme que meras suposiciones. Buenas noches, Vaughan.

A la mañana siguiente Dyson partió después del desayuno. Tomó el sendero que bordeaba la tapia del huerto y advirtió que ahora eran ocho los misteriosos ojos almendrados débilmente delineados sobre el ladrillo.

—Seis días más —se dijo a sí mismo; pero cuando reflexionó acerca de la teoría que había elaborado, desechó, a pesar de su fuerte convicción, semejante fantasía tan increíble. Se puso en marcha por entre las densas tinieblas del bosque, y, finalmente, llegó a la desnuda ladera, y trepó cada vez más alto sobre el resbaladizo césped, sin perder de vista el norte y siguiendo las indicaciones que le diera Vaughan.

Mientras proseguía su ascensión le parecía como si se elevara por encima de este mundo cotidiano. A su derecha contempló una franja de árboles frutales y vio un tenue humo azulado elevándose como un pilar, era el caserío de donde procedían los niños de la escuela, único signo de vida en toda la zona, ya que los bosques ocultaban con sus enramadas el viejo caserón gris de Vaughan. Cuando coronaba lo que parecía la cima de la colina, se hizo cargo por vez primera de la lúgubre soledad y rareza del lugar. Sólo se veía el cielo gris y la colina gris, una elevada y vasta planicie que parecía extenderse interminablemente, y el imperceptible vislumbre de la difuminada cima de una montaña a lo lejos hacia el norte. Por fin llegó a una senda, una insignificante trocha apenas perceptible, y por su posición y lo que Vaughan le había contado, comprendió que se trataba del sendero que la chica perdida, Annie Trevor, debió haber tomado. Siguió la senda por la pelada cumbre, advirtiendo las enormes y espantosas rocas de caliza que afloraban entre la hierba, de aspecto tan repugnante como un ídolo de los mares del Sur, y, de repente, se detuvo, asombrado, puesto que había encontrado lo que buscaba. Sin advertencia previa, el suelo se hundía súbitamente por todas partes, y Dyson contempló una depresión circular, que bien podía haber sido un anfiteatro romano, rodeada de peligrosos riscos de caliza como si fueran restos de una muralla. Dyson recorrió el contorno de la cavidad y anotó la posición de los peñascos; luego volvió a casa.

—Esto es bien curioso —pensó para sus adentros—. Ya he descubierto la Copa, pero ¿dónde estará la Pirámide?

—Mi querido Vaughan —dijo a su regreso—, debo contarle que he encontrado la Copa, y eso es todo cuanto diré de momento. Nos esperan seis días de inactividad absoluta: no hay nada, realmente, que hacer.

4. El secreto de la Pirámide

—Acabo de volver del huerto —dijo Vaughan una mañana—. He estado contando esos infernales ojos y he descubierto que ahora son catorce. ¡Válgame Dios, Dyson!, explíqueme el significado de todo esto.

—Sentiría mucho el tener que hacerlo. Es posible que haya supuesto esto o lo otro, pero siempre he tenido por norma reservarme las conjeturas. Además, no vale realmente la pena anticipar acontecimientos; ¿se acuerda que le dije que tendríamos seis días de inactividad? Bien, este es el sexto día, y el último de ociosidad. Propongo que demos un paseo esta noche.

—¡Un paseo! ¿Es ésa toda la actividad que piensa ejercer?

—Bueno, puedo mostrarle algunas cosas muy curiosas. Para ser franco, me gustaría que se pusiera en camino conmigo en dirección a las colinas. Quizá tengamos que estar fuera toda la noche, así es que debería arrojarse bien y llevar consigo un poco de brandy.

—¿Es una broma? —preguntó Vaughan, desconcertado por los extraños acontecimientos y las extrañas suposiciones.

—No, no creo que haya mucha broma en todo esto. A menos que yo esté equivocado, encontraremos una explicación muy curiosa del enigma. Vendrá conmigo, sin duda, ¿no?

—Muy bien. ¿Qué camino quiere que tomemos?

—El sendero del que usted me habló, el sendero en el que se supone que desapareció Annie Trevor.

Vaughan palideció a la sola mención del nombre de la chica.

—No sabía que estaba siguiendo esa pista —dijo—. Pensé que el asunto que le ocupaba eran esos bocetos con pedernales y los ojos de la tapia. De nada serviría que añadiese algo más; iré con usted.

Esa noche, a las nueve menos cuarto, los dos hombres se pusieron en camino, tomaron el sendero que atraviesa el bosque y subieron a la colina. Era una noche oscura y sombría, el cielo estaba cubierto de nubes y el valle invadido por la niebla. Todo el camino que atravesaron les pareció un mundo tenebroso y lóbrego, por lo que apenas hablaron por temor a romper el fantasmal silencio. Al fin llegaron a la escarpada ladera, y en lugar de la opresión del bosque se toparon con la vasta y confusa extensión del césped; más arriba, las fantásticas rocas de caliza inspiraban horror en la oscuridad y el viento silbaba a su paso por las montañas hacia el mar, produciendo un escalofrío en sus corazones. Les parecía que habían caminado sin parar durante horas, y, sin embargo, la tenue silueta de la colina se extendía aún ante ellos, y las hoscas rocas se mostraban todavía amenazantes en la oscuridad. De repente, Dyson susurró algo, tomó aliento rápidamente y se acercó a su compañero.

—Aquí —dijo— nos tumbaremos. No creo que ocurra nada todavía.

—Conozco el sitio —dijo Vaughan, al cabo de un rato—. He estado aquí a menudo durante el día. Según creo, los campesinos temen venir aquí. Se supone que es un castillo de hadas o algo por el estilo. Pero, ¿por qué demonios hemos venido aquí?

—Hable un poco más bajo —dijo Dyson—. No nos beneficiaría nada que nos entreoieran.

—¿Entreoirnos aquí? No hay un alma en tres millas a la redonda.

—Posiblemente, no; incluso diría que, con certeza, no. Pero puede que haya alguien un poco más cerca.

—No le entiendo en modo alguno —dijo Vaughan en susurros para obedecer a Dyson—. Pero, ¿por qué hemos venido aquí?

—Bien, esa cavidad que ve frente a nosotros es la Copa. Creo que haríamos mejor no hablando, ni siquiera en susurros.

Permanecieron tendidos sobre la hierba. Las rocas se interponían entre sus rostros y la Copa, y, de vez en cuando, Dyson, calándose un poco más su flexible sombrero oscuro, asomaba un ojo y al momento lo hacía retroceder, no atreviéndose a prolongar su ojeada. Luego volvía a pegar su oreja al suelo y escuchaba. Las horas pasaron, la oscuridad se hizo total y el único sonido que se percibía era el débil susurro del viento.

Vaughan se impacientaba cada vez más por este opresivo silencio, esta espera a un terror indefinido; pues no distinguía ninguna forma y empezaba a creer que toda la vigilia era una pesada broma.

—¿Cuánto más va a durar esto? —susurró a Dyson—. Y éste, que había estado conteniendo la respiración en su esfuerzo por escucharle, dijo a Vaughan al oído, deteniéndose en cada sílaba y con voz grave de predicador.

—¿Quiere usted que nos oigan?

Vaughan tocó el suelo con las manos y se tendió hacia adelante, preguntándose por lo que iría a oír. Al principio no escuchó nada, pero más tarde le llegó muy débilmente desde la Copa un ligero ruido, un sonido tenue, casi imperceptible, como cuando uno aprieta la lengua contra el paladar y expulsa el aire. Escuchaba anhelante cuando, al instante, el ruido se acentuó, convirtiéndose en un estridente y horrible silbido, como si en el hoyo de abajo ardiera un férvido fuego. Vaughan, incapaz de permanecer más tiempo en la incertidumbre, se caló la gorra hasta media cara imitando a Dyson y miró al interior de la cavidad.

En verdad, bullía y hervía como una caldera infernal. Por todos los lados y en el fondo se agitaban y se retorcían confusas e inquietantes formas, que se movían alternativamente sin hacer ruido de pasos, y acá y allá se amontonaban y parecían hablarse entre ellos en esos horribles tonos sibilantes, como el silbido de la serpiente, que él ya conocía. Fue como si la fresca hierba y la limpia tierra hubieran sido súbitamente avivadas y padecieran un nefasto y angustioso crecimiento. Aunque sintió el dedo de Dyson tocándole el hombro, Vaughan no

podía hacer retroceder su cara, por lo que escudriñó la temblorosa masa y vio confusamente algo parecido a rostros y miembros humanos. Con todo, sentía en lo más hondo un escalofrío, debido a su firme creencia en que ningún espíritu ni forma humana se movía entre toda aquella agitada y siseante hueste. Continuaba mirando espantado, reprimiendo sollozos de horror, cuando finalmente las repugnantes formas se apretaron todavía más alrededor de algún vago objeto en el centro del hoyo, y su lenguaje siseante se hizo más maligno, y entonces vio, a la escasa luz que había, los abominables miembros, vagos pero demasiado evidentes, retorciéndose y entrelazándose entre sí, y creyó oír, muy débil, un impresionante gemido humano entre los sonidos de un habla que no era de hombres. En su corazón algo parecía susurrarle casualmente “el gusano de la corrupción, el gusano que no muere”, y, grotescamente, la imagen cobró en su mente la forma de un pedazo de carniza pútrida, con horribles cosas hinchándose y arrastrándose a todo lo largo. El retorcimiento de los lúgubres miembros proseguía, parecían apiñarse alrededor de la oscura forma del centro del hoyo y el sudor perlaba la frente de Vaughan y caía frío sobre la mano en que apoyaba su cara.

Luego, aparentemente en un instante, la repugnante masa se derritió y se esparció por los bordes de la Copa, y por un momento Vaughan vio en el centro de la cavidad una agitación de brazos humanos. Pero una chispa brilló allá abajo, un fuego prendido, y mientras la voz de una mujer emitía en voz alta un agudo y penetrante alarido de angustia y terror, una gran pirámide de fuego brotó hacia arriba, como el estallido de una fuente cegada, y arrojó una llamarada de luz sobre toda la montaña. En ese momento, Vaughan contempló las miríadas de cosas en forma de hombre pero atrofiadas, como niños espantosamente deformes, con rostros de ojos almendrados inflamados de malignidad y de incalificables pasiones: una masa de carne desnuda de espectral palidez. Y, de pronto, como por arte de magia, el lugar se vació mientras el fuego rugía y chisporroteaba, y las llamas lo iluminaban todo.

—Acaba de ver la Pirámide —dijo Dyson a su oído—, la Pirámide de Fuego.

5. La Gente Pequeña

—Entonces, ¿reconoce usted el objeto?

—A buen seguro. Es un broche que Annie Trevor solía ponerse los domingos,

recuerdo el modelo. Pero, ¿dónde lo encontró? ¿Quiere decir esto que ha descubierto a la chica?

—Mi querido Vaughan, me admira que no haya supuesto dónde encontré el broche. ¿Ha olvidado ya la noche pasada?

—Dyson —dijo el otro muy seriamente—, he estado dándole vueltas en mi cabeza al asunto esta mañana, mientras usted estaba fuera. He pensado en lo que vi, o quizá debería decir lo que creí ver, y la única conclusión a la que puedo llegar es ésta: es mejor olvidarse del asunto. He vivido sobria y honradamente, como viven los hombres, siempre con temor de Dios, y lo único que puedo hacer es creer que sufrí un monstruoso engaño, una fantasmagoría de los sentidos aturdidos. Usted sabe que volvimos a casa en silencio, ni una sola palabra se cruzó entre nosotros referente a lo que imaginé ver. ¿No sería mejor que acordáramos guardar silencio sobre el asunto? Cuando fui a pasear esta apacible y resplandeciente mañana, me pareció que el mundo entero estaba en paz, y al pasar por la tapia advertí que no había nuevos signos grabados y borré los que quedaban. El misterio está resuelto, y de nuevo podemos vivir en paz. Creo que en las últimas semanas ha estado actuando alguna ponzoña. He estado al borde de la locura, pero ahora estoy cuerdo.

El señor Vaughan había hablado seriamente; luego, se reclinó hacia atrás en su silla y miró a Dyson en un tono de súplica.

—Mi querido Vaughan —dijo el otro, después de una pausa—. ¿A qué viene eso? Es demasiado tarde para ponerse así; hemos ido demasiado lejos. Además, usted sabe tan bien como yo que no hay engaño en lo que vimos; con todo mi corazón desearía que lo hubiese. No, por mi propio bien debo contarle toda la historia, hasta donde la conozco.

—Muy bien —dijo Vaughan con un suspiro—, si es su obligación, debe hacerlo.

—Entonces —dijo Dyson— si le parece empezaremos por el final. Encontré este broche que usted ha identificado en el sitio que hemos llamado la Copa. Había un montón de cenizas, restos, sin duda, de una hoguera, cuyos rescoldos todavía estaban calientes, y el broche yacía en el suelo, justo fuera del alcance de las llamas. Debe haberse caído accidentalmente del vestido de la persona que lo llevaba. No, no me interrumpa. Ahora podemos volver al principio, ya que hemos visto el final. Retrocedamos al día en que usted vino a verme a Londres. Hasta donde puedo recordar, al poco de entrar usted mencionó, de manera casual, que había ocurrido en su localidad un desgraciado y misterioso incidente: una chica llamada Annie Trevor había ido a visitar a un pariente y había desaparecido. Le confieso francamente que lo que usted dijo apenas me interesó; existen muchas razones que pueden hacer que a un hombre, o más especialmente a una mujer, le convenga desvanecerse del círculo de sus parientes y amigos. Supongo que si consultásemos con la policía, descubriríamos que en Londres cada semana desaparece alguien misteriosamente, y los

funcionarios sin duda se encogerían de hombros y dirían que no podía ser de otra manera por la ley de los promedios. En efecto, fui culpablemente inconsiderado con su historia; además, hay otra razón para mi falta de interés: su relato era inexplicable. Lo único que usted podía sugerir era un marinero canalla, pero yo descarté la explicación al instante. Por muchas razones, pero principalmente porque el criminal ocasional, el aficionado al crimen brutal, siempre es descubierto, especialmente si elige el campo como escenario de sus operaciones. Recordará el caso de ese García que mencionó usted mismo: se paseó por la estación de ferrocarril el día siguiente al asesinato con los pantalones manchados de sangre y el mecanismo del reloj holandés, su botín, envuelto en un pulcro paquete. Si rechazamos por tanto su única sugerencia, toda la historia llega a ser, como yo digo, inexplicable y, por consiguiente, completamente falta de interés. Sí, *por consiguiente*, es una conclusión perfectamente válida. ¿Se ha interesado usted alguna vez por problemas que sabe positivamente que son insolubles? ¿Ha meditado mucho sobre el viejo enigma de Aquiles y la tortuga? Por supuesto que no, porque usted sabe que sería una búsqueda sin esperanzas; de la misma manera, cuando usted me contó la historia de una aldeana que había desaparecido, simplemente la catalogué como insoluble y no pensé más en ella. Así que resultó que estaba equivocado; pero, si se acuerda, pasó usted inmediatamente a otro asunto que le interesaba bastante más porque era personal. No necesito repasar la muy singular narración de los signos con pedernales; al principio, la encontré trivial, probablemente algún juego infantil, y si no algún tipo de mistificación; pero cuando me mostró usted la punta de flecha, logró despertar mi interés. Comprendí que allí había algo que se salía bastante de lo común, que era motivo de verdadera curiosidad; y, tan pronto como llegué a esta casa, me puse manos a la obra para encontrar la solución, repitiéndome a mí mismo una y otra vez los signos que usted me describió. Primero le tocó el turno al signo que convinimos en designar como el Ejército: varias filas apretadas de pedernales, apuntando todas en la misma dirección; luego, las hileras convergentes, como los radios de una rueda, formando la figura de una Copa; después, el triángulo o Pirámide; y, por último, la Medialuna. Confieso que agoté todas las conjeturas en mi esfuerzo por desvelar el misterio y, como usted comprenderá, era un problema doble o más bien triple. Pues, simplemente, no me había hecho la pregunta «¿qué significan estas figuras?». Ni tampoco «¿quién podría ser el responsable de su diseño?». O esta otra: «¿quién podría poseer semejantes objetos valiosos y, conociendo su valor, sería capaz de echarlos por tierra junto al camino?». Este razonamiento me hizo pensar que la persona o personas en cuestión no conocían el valor de las excepcionales puntas de flecha de pedernal, lo cual no me llevaba demasiado lejos, pues un hombre bien educado podría ignorarlo fácilmente. Después vino la complicación de los ojos en la tapia, y usted recordará que no pudimos menos que concluir que la

misma mano era responsable en ambos casos. La peculiar posición de esos ojos en la tapia me inclinó a pensar si no habría un enano en alguna parte de la vecindad, pero averigüé que no existía ninguno, y descubrí que los niños que pasan todos los días no tenían nada que ver con el asunto. Con todo, estaba convencido de que quienquiera que dibujase los ojos tendría una estatura entre tres y medio y cuatro pies, ya que, como le señalé en su tiempo, cualquiera que dibuje sobre una superficie vertical elige por instinto una altura al nivel de su rostro. Además, está la cuestión de la peculiar forma de los ojos: ese marcado rasgo mongol del cual los campesinos ingleses no podrían tener ni idea. Y, como causa final de confusión, el hecho obvio de que el dibujante o dibujantes deben poder ver prácticamente en la oscuridad. Como usted observó, un hombre que haya estado confinado durante muchos años en una celda o calabozo extremadamente oscuro puede adquirir ese poder. Pero desde la época de Edmond Dantès, ¿en qué parte de Europa encontraríamos semejante prisión? Un marinero que hubiese sido emparedado durante un periodo considerable en alguna horrible mazmorra china podría ser el individuo que busco; y, aunque parezca improbable, no es absolutamente imposible que un marinero, o digamos un empleado a bordo, sea un enano.

Pero, ¿cómo explicar que mi imaginario marino posea puntas de flecha prehistóricas? Y, dando por supuesta la posesión, ¿cuál es el significado y el propósito de esos misteriosos signos de pedernal y de esos ojos almendrados? Su teoría sobre un proyecto de robo la encontré del todo insostenible casi desde un principio, y le confieso que no sabía qué hacer para dar con alguna hipótesis útil. Un simple accidente me puso sobre la pista. Cuando pasamos junto al pobre anciano Trevor, lo que usted me refirió acerca de su nombre y de la desaparición de su hija, me recordó la historia que había olvidado, o que no había tomado en consideración. Entonces, me dije a mí mismo, aquí hay otro problema, falto de interés en sí mismo, es cierto, pero, ¿y si resultara que está relacionado con todos estos enigmas que me torturan? Me encerré en mis aposentos, esforzándome por excluir de mi mente cualquier prejuicio, y repasé todo *de novo*, asumiendo teóricamente que la desaparición de Annie Trevor tenía alguna relación con los signos de pedernal y los ojos sobre la tapia. Esta presunción no me llevó demasiado lejos, y estaba a punto de abandonar todo el asunto, desesperado, cuando di con un posible significado de la Copa. Como usted sabe, existe una « Ponchera del Diablo » en Surrey, y comprendí que el símbolo podría referirse a algún rasgo distintivo de la región. Juntando los dos extremos, determiné buscar la Copa cerca del sendero en el que secuestraron a la chica perdida, y ya sabe cómo la encontré. Interpreté el signo por lo que sabía, y leí primero, el Ejército, así: « va a haber una reunión o asamblea en la Copa dentro de dos semanas (eso significa la Medialuna) para ver la Pirámide, o construir la Pirámide ». Los ojos, dibujados uno a uno, día a día, marcaban evidentemente

los días, y así me enteré que serían catorce y no más. Hasta ese punto, el camino parecía bastante sencillo; no me había molestado en preguntarme ni por la naturaleza de la asamblea ni por quiénes iban a reunirse en el más solitario y más pavoroso paraje de estas desiertas colinas. En Irlanda, China, o en el oeste de América, la pregunta podría haber sido fácilmente contestada: una asamblea de descontentos, la sesión de alguna sociedad secreta, vigilantes convocados para informar; sería una simpleza. Pero en este tranquilo rincón de Inglaterra, habitado por gente tranquila, semejantes suposiciones no eran posibles de momento. Sabía que tendría una oportunidad de ver y acechar la asamblea, y traté de no aturdirme con indagaciones imposibles; en lugar de razonar me dejé llevar por una disparatada fantasía: recordé lo que la gente había dicho sobre la desaparición de Annie Trevor, que había sido “arrebataada por las hadas”. Le diré, Vaughan, estoy tan cuerdo como usted, mi cerebro no es, confío, un mero espacio vacío abierto a cualquier descabellada improbabilidad, y he hecho todo lo posible por erradicar la fantasía.

La idea me vino del antiguo nombre dado a las hadas, “la gente pequeña”, y de mi convencimiento de que descenden de los prehistóricos turanios que habitaron este país y fueron cavernícolas. Fue, entonces, cuando me hice cargo con gran sobresalto de que estaba buscando un ser de menos de cuatro pies de estatura, acostumbrado a vivir en la oscuridad, poseedor de utensilios de piedra, y familiarizado con los rasgos mongoles. Le juro, Vaughan, que me avergonzaría de insinuarle semejante asunto visionario si no fuera por lo que usted vio con sus propios ojos la noche pasada, y dudaría de la evidencia de mis sentidos si no estuvieran confirmados por los suyos. Pero usted y yo no podemos mirarnos mutuamente a la cara fingiendo que todo ha sido un engaño. Mientras yacía usted en el césped junto a mí, le sentí contraerse y temblar y vi sus ojos a la luz de las llamas. Así pues, le cuento sin ninguna vergüenza lo que tenía en mente la noche pasada mientras atravesábamos el bosque y ascendíamos la colina, y permanecíamos ocultos bajo las rocas.

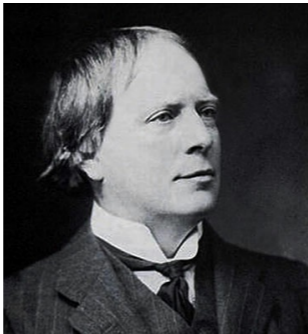
—Había una cosa —prosiguió— que debiera haber sido más evidente que me confundiera hasta el final. Le conté cómo descifré el signo de la Pirámide: la asamblea iba a ver una Pirámide. Pero el verdadero significado se me escapó hasta el último momento. La antigua derivación de $\pi\nu\rho$, fuego, aunque falsa, debería haberme puesto sobre la pista, pero no se me ocurrió.

—Creo que poco más puedo añadir. Usted sabe que estábamos desesperados, aun cuando habíamos previsto lo que iba a suceder. ¿El sitio en particular donde se exhibían esos signos? Sí, es una curiosa pregunta. Pero esta casa, por lo que sé, tiene una excelente situación central entre las colinas; y tal vez, ¿quién podría decirlo?, ese raro y viejo pilar de caliza junto a la tapia de su huerto fuera un lugar de encuentro antes de que los celtas pusieran los pies en Britania. Algo debo añadir: no lamento nuestra incapacidad para rescatar a la desgraciada

muchacha. Usted vio el aspecto de esas cosas que se apretaban y se retorcían en la Copa; puede estar usted seguro de que lo que les mantenía unidos entre ellos y a no era adecuado para este mundo.

—¿Y bien?—dijo Vaughan.

—La chica entró en la Pirámide de Fuego —dijo Dyson— y ellos volvieron de nuevo al mundo subterráneo, a sus puestos bajo las colinas.



ARTHUR MACHEN, nacido el 3 de marzo de 1863 en Caerleon y fallecido el 30 de marzo de 1947. Su verdadero nombre era Arthur Llewellyn Jones.

Notas

[1] Machen maneja indudablemente los *Collectanea rerum memorabilium* (mediados del siglo III) de Gayo Julio Solino, relación de prodigios y fábulas de países fantásticos donde se menciona la piedra Hexecontalithos, pero la cita es una hábil manipulación. (V. ed. Th. Mommsen, 1895, pág. 137.) (nota del T.) <<

[2] Lenguaje críptico usado en Gran Bretaña por los caldereros, compuesto en gran parte por palabras irlandesas y gaélicas, trastocadas por inversión o alteración de las consonantes. (N. del T.) <<

[3] Obsérvese la reticencia del profesor Gregg a mencionar a Gales, verdadero escenario de la trama, que sólo un inglés definiría como “oeste de Inglaterra”.

<<